



Tren a Kamakura

TREN A KAMAKURA

Asia Bunka Kaikan	2
La Residencia de Kugahara	14
Taberna Portuaria.	31
Hiroshima	47
Tren a Kamakura	76
Bombay \ Juhu-Beach.	87

Asia Bunka Kaikan

El señor Eichiri -un hombre de mirada clara pero con el aspecto demasiado tenso - fue la persona de la empresa que me acompañó al distrito de Komagome, donde estaba Asia Bunka Kaikan, (A.B.K).

A.B.K era una residencia para jóvenes asiáticos becarios de alguna empresa japonesa o de un organismo oficial de ese país. Además de la mayoría asiática también se hospedaba durante mi estancia en la residencia un grupo de sudamericanos.

Desde el principio en A.B.K. sentí una gran alegría y ganas de vivir plenamente. Durante los últimos días en España antes de partir había estado muy ocupado completando los preparativos para ausentarme durante un año, recientemente habíamos ingresado a mi padre en el hospital y por otra parte en la fábrica me presionaban para terminar un trabajo urgente. En todo caso, lo que más me preocupaba era la salud de mi padre y mi compañera, Pilar, que sufría ante la idea de esta separación temporal.

¡Que soleada mi habitación!, sobre todo por la mañana, desde el balcón veía un jardín con árboles exóticos, rodeado por edificios de poca altura. A lo lejos se extendía Tokio, interminable. Este conjunto resultaba muy tranquilo a pesar de la hiperactividad de la ciudad. Desde una hora temprana el sol llenaba de luz mi habitación y me estimulaba a levantarme y conocer todo lo nuevo que me rodeaba por todas partes. Pase de esta manera de una vida con múltiples preocupaciones y que no

me ofrecía novedades a esta nueva condición en la que nadie me exigía nada y podía andar, ver y conocer hasta saciarme.

Por la mañana asistía a clases de japonés. Estas clases no me parecieron difíciles ni aburridas porque no debíamos aprender los complicados alfabetos de ese idioma, solo nos enseñaban a hablar. Mis dos compañeros eran hindúes, Surendra me conto con detalle como su familia le había buscado y proporcionado la mujer con la que más tarde se casaría. Sus padres comenzaron por mostrarle varias fotos de muchachas candidatas junto con datos como edad, estudios, religión, aficiones, el eligió y las familias respectivas concertaron un encuentro que finalmente acabaría en boda, posteriormente me sorprendió mas el que en la moderna sociedad japonesa muchos matrimonios tienen su origen en un mecanismo similar.

A media mañana descansábamos y bajábamos al comedor a tomar té, Surendra y Hasish daban sabor a su te con sal y mostaza y después lo bebían ávidamente. Durante el rato de descanso en el comedor se formaba un ambiente festivo. Los becarios africanos –los más animados-, aprovechaban ese tiempo para bailar al ritmo de la música llena de percusión que habían traído desde sus países de origen. Eran momentos de comunicación intensa, en cortas conversaciones me podía formar una idea sobre la vida en países tan diferentes como Papúa-New Guinea, Indonesia o Melanesia. También conocí a chinos del continente y de Formosa pero mis mejores amigos fueron un brasileño, un cubano y un argentino.

Al atardecer me gustaba sentirme solo y caminar por las estrechas calles del distrito de Komagome hasta un parque cercano donde me dedicaba a escribir mientras observaba a las madres japonesas que

con sus niños daban el calor familiar al jardín y me hacían sentirme acompañado. No me cansaba de contemplar los cedros, los arbustos con formas recortadas artesanalmente, los faroles de piedra, los estanques. Por la noche sentía ganas de volver a la residencia ya que entonces se formaba el ambiente más sugerente y atractivo.

Algunas tardes nos reuníamos Roberto Caro, Lincidio, Mario y yo para hacer deporte, recorríamos el barrio sin forzar la marcha, aprovechando la carrera para observar los comercios, los bares, las personas caminando rápido en una tarde cualquiera en este barrio de Tokio. Sudorosos, nos relajábamos en el jardín próximo a Asia Bunka Kaikan y con la respiración acelerada parecía como si quisiéramos aprender apresuradamente todas las novedades que se nos ofrecían, en esos momentos sentíamos un compañerismo de verdad, Lincidio y Mario bromeaban con las muchachas que pasaban cerca del jardín y ellas apresuraban el paso al escucharlos. A Roberto Caro, el joven oficial de la marina mercante argentina, se le notaban sentimientos nobles y una actitud de entrega, me hablo de la Asociación de Solidaridad de Visadomenico -un barrio periférico de Buenos Aires-, allí conoció a su esposa que ahora le esperaba a punto de parir, cada vez que la telefoneaba se le ponía la cara triste y me decía que ella se había quedado llorando.

La comunicación con los sudamericanos era fácil. Cuando vi por primera vez a Lincidio con su camisa caribeña, con la tez todavía bronceada por el sol, el pelo ondulado peinado hacia atrás y su poblado bigote me pareció un personaje de ficción, el tío emigrado a América en busca de fortuna. Cubano muy dicharachero, se encontraba fuera de lugar en esta ciudad solitaria y agitada, se moría de ganas por volver a

Cuba, tomaba estimulantes por el día y somníferos por la noche para poder tirar adelante, se le saltaban los ojos ante las jóvenes asiáticas; su habitación estaba decorada desde su segundo día en el país con un desnudo gigante de Yokari Asashina -una popular modelo local-.

Mario, a sus cincuenta y ocho años continuaba buscando aventuras en cualquier parte del mundo, ahora como becario en Japón. También cubano, representaba al hombre fuerte y de pocos escrúpulos capaz de medrar en las más adversas circunstancias. El abuelo Mario me hablaba de su casa en Matanzas, de los atardeceres soleados junto a sus nietos contándoles el último vagabundeo.

A mis amigos brasileños los conocí una noche en la que poco antes de cenar telefoneaba a casa, en el locutorio coincidí con una pareja de habla portuguesa aunque ella tenía rasgos orientales y el era más moreno que el estereotipo brasileiro sin ser mulato. Nos presentamos y Marcia Ogawa comenzó a hablar:

¡Ah!, ¡eres hispano!, muy bien, muy bien. Yo soy de Brasil pero ahora estoy aquí porque tengo una beca de trabajo en la Nikkomputer, llevo seis meses residiendo en Asia Bunka Kaikan, viviré un año más en Tokio, ¿y tú?, ¿te encuentras bien aquí?, tienes homesick?, ¿cómo va tu adaptación a este nuevo ambiente?. Yo conteste a sus apresuradas preguntas diciendo que me encontraba bien en A.B.K, que echaba de menos a los míos pero no tenía morriña, el aliciente para mí de todas las novedades con que me encontraba a diario.

Jorge se presento diciendo:

Yo también soy de Brasil pero los japoneses piensan que soy indiano, será por mi piel oscura.

Jorge me pareció una persona reposada, inalterable -pude comprobar en su compañía que no perdía los nervios ni en circunstancias comprometidas-, tenía una gran capacidad para el esfuerzo y su conversación la encontré siempre oportuna, agradable y graciosa a veces, sin esa pesadez de los chistosos. La habitación de Lincidio -el cubano- y la suya estaban separadas solo por un tabique y Jorge decía: Entre nosotros solo media la América Central.

Marcia era vital, comprensiva, inteligente, vivaz, comprometida, rápida de reflejos, capaz de controlar todo, tan eficaz como una máquina y además dotada de gran sensibilidad.

Por la noche el comedor fue el lugar de tertulia y de estudio para muchos de nosotros. Había una mayoría de chicos y chicas de Hong-Kong y Malasia que estudiaban el curso de acceso a distintas universidades de Tokio y mantenían muy fresca la cultura de la calle de su ciudad natal, la música de Hong-Kong sonaba a poco volumen llenando el lugar de notas melancólicas, y es que los compositores de esa ciudad han logrado mostrar la sensualidad y delicadeza oriental en un formato de música pop muy pegadiza. De cuando en cuando alguna muchacha se sentaba al piano e interpretaba a la perfección una pieza clásica; en general aquellas chicas hablaban correctamente alguna lengua occidental, eran gentiles, corteses y serviciales y yo me preguntaba: ¿Que hay debajo de ese teatro de virtuosismo que deja ver tan poco?, bajo esos ropajes solo encontré seres humanos, con todas sus fuerzas y debilidades.

Aquel era un grupo de jóvenes sanos de espíritu que podían canalizar sus energías formándose y practicando aficiones que aportan algo. Esa atmosfera del comedor tan vital estimulaba a la relación y a ser productivo aprovechando cada momento vivido, en ese ambiente no me costaba ser espontaneo, resultaba tan natural que no cabían ni las pequeñas envidias ni las miserias mentales frecuentes en la convivencia cotidiana.

Después de cenar nos reuníamos Jorge, Marcia y yo, a veces también se unía al grupo Chen, un amigo de Marcia que ejercía de cirujano en Taiwán. Chen, gran perfeccionista, me sorprendía con la corrección de su inglés, me decía: Aprovecho cada día cuando voy al hospital conduciendo para escuchar inglés, unos minutos al día son suficientes para mantener el nivel. Chen no se permitía un solo gesto espontaneo, templado y equilibrado, mantenía el control aun en los hechos cotidianos, le gustaba hablar con las personas inteligentes como Marcia. Chen tenía treinta y seis años pero aparentaba no más de veinticinco, su cara siempre estaba completamente relajada, sin tensiones, a menudo observe su paciencia, su gallardía y desenvoltura en cada situación.

Chen: Javier. Marcia y yo somos tigre según el horóscopo chino, la persona que nace bajo ese signo se ve obligada a luchar y superar muchas circunstancias adversas en su vida.

Marcia asintió: Yo como hija de japonés y brasileña tuve que soportar marginaciones raciales en Sao Paulo; en el colegio me llamaban la china, siempre he tenido dificultades para divertirme como se divertían las compañeras de mi edad y así me forme poco a poco mi

pequeño mundo con el estudio. Para obtener mi licenciatura en una carrera técnica tuve que estudiar más que mis compañeros varones pero fue más fácil para mí que para otros compañeros de graduación venir a Japón a trabajar.

Y, ¿cómo te sientes en este país, Marcia?, ¿te sientes integrada?

No, Javier, no, aquí soy un elemento más extraño que en Brasil porque aunque físicamente me parezco más a las japonesas que a las brasileñas mi cabeza no es nada japonesa, aquí no pueden comprender el que yo contemple un paisaje simplemente por su belleza en lugar de mirar lo justo para hacer una foto, tampoco pueden comprender que me guste la soledad algunas veces, ellos sienten aversión por todo lo que este fuera del grupo.

Marcia, mi vida tampoco ha sido cómoda en Taiwán - replico Chen-, vivimos sometidos a una tensión permanente por el miedo a China. Nuestro servicio militar consiste en tres años de duras disciplinas y simulaciones de guerra, muchos jóvenes no pueden soportarlo y se suicidan, la estadística de suicidios en el ejército de mi país es una de las más altas del mundo. La competencia entre los jóvenes es exagerada, con una elevadísima densidad de población son escasas las oportunidades y difícil destacar.

Chen, gracias a esa competencia tenéis una industria de primera, prueba de lo cual es la penetración de los productos de tu país - le conteste-.

Chen, a sus treinta y seis años había operado a ciento treinta y ocho personas, él sabía la cifra exacta de memoria, tenía grabada en su cabeza cada intervención, cada minuto de tensión en el quirófano. Hasta la fecha ningún corazón se había parado entre sus manos. Chen y

Marcia, de costumbres metódicas y ordenadas, se retiraban pronto de la reunión en el comedor. Jorge y yo salíamos algunas noches para conocer el ambiente nocturno de la ciudad, nuestra intención era esa, ser observadores de la vida agitada de la noche.

Seguro que son muchos los distritos de Tokio donde la vida está en ebullición por la noche pero Shinjuku es el más popular, la actividad no cesa y aun después de parar el transporte público allí se puede encontrar todo lo deseable en un entorno consumista. Junto a elegantes y caros music-bar hay máquinas automáticas expendedoras de cerveza y otros tipos de alcohol a precio popular, nos encantaba vagabundear por las calles de Shinjuku con una cerveza en la mano, pronto, la esquizofrenia de luz, sonido y trafago de gente quedaba así suavizada y nosotros también notábamos esa sensación de libertad que en realidad es engañosa. La verdadera libertad que sentíamos era por estar fuera de lo cotidiano. Las calles, inundadas por la muchedumbre de rostros orientales, la luz multicolor y potente procedente de miles de tubos neón de variadas formas que estimulaba en nosotros una sensación de fiesta, los bazares de productos electrónicos de alta tecnología junto a casas de comercio del sexo para todas las economías; había quien se compraba una radio de pilas y después se metía en una mini cabina oscura para ver un video porno y también el que se llevaba una cámara de video con controles por microprocesador y después filmaba sus propias miserias y las de la persona que había tenido que pagar, juntos en una habitación con efectos de estímulo sexual también de control micro electrónico.

Mi amigo y yo salíamos por la puerta este de la estación de Shinjuku, habíamos tomado la línea Yamanote desde Komagome y estábamos buscando un lugar para cenar.

Javier, ¿quieres que vayamos primero al bazar que esta junto a la estación? -propuso Jorge-, hay varias calles estrechas con tenderetes y pequeños restaurantes donde se vive un ambiente rural autentico, no como en los decorados artificiales que se pueden ver en las últimas plantas de los department-store.

Si Jorge, vamos, a mí también me gusta mucho deambular entre esas tabernas de una sola planta donde todo es de madera y solo te sirven Yaquitori(1) o Lamen(2).

La línea Yamanote traza un círculo en su recorrido por Tokio, es un tren de superficie. La obra civil de las vías acoge a lo largo de todo el círculo un sin fin de comercios y restaurantes populares donde es posible contactar con el obrero que sale a tomar unas cervezas después de la dura jornada de trabajo, también podremos hablar con los estudiantes jóvenes que van de marcha y en general con gentes que no han perdido sus espontaneidades todavía y disponen de pocos yenes en el bolsillo para gastar.

(1)Yaquitori: Pollo frito aderezado con una salsa dulzona.

(2)Lamen: Cereales hervidos con gelatina de pescado y algas marinas.

Algunos edificios son de madera y están contruidos bajo el entramado de las vías, que en algunos puntos tiene una altura considerable, su arquitectura en conjunto es una imitación de la existente en los pueblos rurales o costeros japoneses, no es de extrañar ya que los propietarios intentan recrear así el ambiente de su pueblo natal después de que las ilusiones que tenían por salir adelante en el gran Tokio se han convertido en un instinto de supervivencia que los amalgama entre las rutinas diarias de la macro ciudad.

Habíamos recorrido varia veces la barriada sin decidrnos a entrar en ningún sitio. Javier, cuando estoy fuera de casa intento cuidar las comidas y la verdad es que lo que puedan guisar en estos lugares no me parece muy saludable para el cuerpo.

Estoy de acuerdo contigo, Jorge -le conteste-, ¿quieres que cenemos en algún restaurante de los department-store?, allí todo es aséptico, incluso la comida, después ya volveremos por aquí a beber.

Muy bien, vamos -dijo Jorge-.

Entramos finalmente en un restaurante chino situado en la última planta de unos almacenes de la cadena Seybu. A través del cristal observábamos las luces centelleantes que se perdían de vista a lo lejos. Comimos gambas rebozadas, ensalada y muchísimo arroz cocido, apresurándonos un tanto por volver a la calle, poco más tarde salíamos

del laberinto de pasillos de imitación rústica y descendíamos desde la torre al nivel del suelo en busca de las máquinas automáticas de venta de cerveza, allí nos encontramos con dos muchachos occidentales que resultaron ser del Paraguay; a través de sus caras curtidas comunicaban una sensación de compañerismo, estaban de paso en Tokio y su destino era la frontera entre India y Pakistán con el fin trabajar como observadores de la ONU durante un año en esa zona conflictiva, en Tokio solo estarían dos días aprovechando la escala de su vuelo, ellos querían visitar varios lugares de la ciudad esa misma noche, su ritmo era más rápido que el nuestro así que después de un cambio de impresiones sobre la vida en Paraguay y sobre su trabajo en la ONU nos despedimos y continuamos nuestra vuelta.

Al pasar por la puerta de cada live-show se repetía la misma escena; un hombrecillo grotesco de cara decrepita se esforzaba en sonreír y en comunicarnos con el lenguaje de los gestos los tres tipos de servicios que se ofrecían en el local donde él trabajaba: El precio más barato, el precio medio y por último el precio caro junto con la fotografía de ella e incluso de la habitación.

Yo bromeaba con Jorge diciéndole que el acabaría viniendo solo una noche a uno de estos live-show para ver primero el espectáculo ardiente y después elegir uno de los tres servicios.

El resto de la noche está en mi cabeza como una serie de recuerdos desordenados. Jorge consiguió que entrásemos sin pagar a varios live-show aunque solo fue como espectadores fugaces de unos minutos, los suficientes por otra parte para observar caras atontadas de hombres reprimidos que enloquecían cuando una jovencita que podía ser su hija se introducía los dedos entre las piernas.

Casi seguro puedo afirmar que esa noche bajamos a un sótano donde había un restaurante griego cuyo dueño era japonés y nos invito a beber; lo único autentico la camarera griega con el cabello negro ensortijado.

También fuimos a un restaurante ibérico, una pareja formada por una hispana de Ávila y un japonés lo administraban; el futuro no se le ofrecía demasiado prometedor en su castilla natal a la chica de manera que cuando un turista nipón le propuso irse con él a ese país no se lo pensó. El camarero, de Burgos, no parecía tampoco nada remilgoso, estaba en paro y su planteamiento fue algo así como el siguiente: " Pues bien, ya que tengo seis mil euros ahorrados y aquí no tengo muchas posibilidades de abirme me voy a Japón que aquello ha de ser demasiado"; y ahí estaba, ya casi hablando japonés coloquial.

Las últimas imágenes que conservo de aquella noche son, en el tren, repleto de borrachos y poco más tarde junto con Jorge, caminando por las calles oscuras y solitarias de camino a A.B.K. mientras comíamos unos bocadillos.

A finales de mayo celebramos una fiesta de despedida a la que -además de los amigos habituales- se apuntaron el colectivo Indonesio, el grupo de Hong-Kong y los Hindúes.

Pocos días más tarde me presente al señor Eichiri en la fabrica para comenzar a trabajar.

La Residencia de Kugahara

Yo tenía mucha ilusión por vivir en la residencia de la empresa. Durante un mes la estancia en Asia Bunka Kaikan había sido muy enriquecedora en cuanto a relaciones sin embargo ahora estaba alojado en un business hotel donde el único contacto humano era un recepcionista que además de darme la llave me sonreía, me preguntaba por mi compañera y me decía: “Ya falta poco tiempo para que vuelvas a casa”. La verdad es que no tenía ganas de volver todavía, por el contrario, estaba ansioso por descubrir este país tan desconocido para mí. Me contentaba con la idea de que el hotel era provisional y que finalmente me quedaría, bien en la residencia de la empresa o bien en un

apartamento. Entre ambas posibilidades prefería la residencia porque los contactos que establecería con los jóvenes japoneses me permitirían introducirme más en la sociedad de su país. La idea del apartamento no me seducía en absoluto, eran pequeñísimos y la gente vivía sometida a un gran aislamiento. Mis jefes japoneses desconfiaban de que pudiera adaptarme bien a las costumbres de la vida cotidiana en la residencia, me decían que yo tendría los mismos problemas que los anteriores españoles, el baño comunitario, los WC donde hay que estar en cuclillas. A pesar de su oposición logré convencerlos de que la mejor vivienda para mí durante el siguiente año sería la residencia.

Cuando Kikuchi telefoneó a mi sección y me dijo que ese mismo día podríamos ir a las dos residencias de la empresa para decidir en cual me quedaba me alegré, en parte porque pronto podría dejar el hotel depresivo y porque esa misma tarde conocería el estilo de vida de ambas.

Después del trabajo tomamos el tren en Oimachi en dirección a Futako-Tamagawa, cambiamos en la estación de Tamagawa y después de otros 45 minutos en tren llegamos a Ichigao, la residencia más alejada de la fábrica. Estábamos en un barrio cuya estación de metro importante más próxima era Shibuya. Todos los edificios que veía eran de aspecto moderno, funcional y de poca altura como en cualquiera de la infinidad de ciudades periféricas de Tokio construidas durante el crecimiento de la ciudad después de la II guerra mundial.

Bueno, el caso es que nos alejamos de la estación recorriendo unas calles amplias con algunos comercios y lugares donde tomar algo. Caminamos hasta llegar a unas calles empinadas a las afueras de Ichigao, allí nos encontramos con algunas construcciones frecuentes en las zonas periféricas y que se usan para apartamentos individuales, son

edificios de dos o tres plantas con una balconada que rodea toda la planta y un tejado no muy puntiagudo que da al edificio el aspecto acogedor de una casa.

Entramos en la planta baja a una sala rectangular en la que había unos cómodos sillones y una mesa de té. En uno de los ángulos estaba la recepción, el ambiente resultaba bastante informal como correspondía a una residencia de jóvenes.

Nos recibió la encargada de la residencia y Kikuchi hizo las presentaciones tras lo cual inició una conversación con Maiko San explicándole mis intenciones de residente, razón por la cual habíamos venido.

Kikuchi me acompañó por todas las dependencias de la residencia: El comedor, una sala de estar, la lavandería, el baño común – muy grande y espacioso con una pequeña piscina- y las habitaciones individuales la mayoría de las cuales eran lo mas desordenado que nunca he visto, imaginemos una persona tal que todas sus pertenencias de cualquier tipo -ropa, música, accesorios de ordenador, periféricos, audio, video, tabaco, botellas- todo en un único montón. Así estaban casi todas las habitaciones, inundadas de trastos.

De vuelta al Hall Maiko San había preparado te y dulces y aprovecho para contarnos lo jodida que estaba con las normas de la empresa de las cuales algunas personas se beneficiaban a costa de otras y claro ella era de las que se sentían marginadas.

Kikuchi y yo apuramos nuestras tazas, nos despedimos de la señora Maiko y salimos de nuevo a la calle.

Moreno San, ¿quiere que cenemos antes de visitar Kugahara?

Por mi está bien Kikuchi.

Entramos en una Izakaya (1). Pedimos cerveza y yakishowa. Mi compañero podía hablar en inglés, alemán y castellano además de su propia lengua. Paradójicamente era introvertido hasta el extremo de rehuir la comunicación. Esa tarde yo fui para él como un cliente de la empresa así que me invitó a cenar y trató de conversar conmigo. La cena con Kikuchi fue pues muy aburrida, el dialogo quedó limitado a las cortesías aprendidas y tantas veces utilizadas.

Pronto salimos de aquella taberna, tomamos el tren, cambiamos a la línea Ikegami en dirección a Gotanda y descendimos en el apeadero de Kugahara. Mis primeras impresiones fueron todas buenas.

La sensación en el tren de cercanías de la línea Ikegami no fue de tren-electrodoméstico rápido y eficiente como en todas las líneas de Tokio. El tren de Ikegami no era de aluminio ni su carrocería del color del acero, tampoco circulaba demasiado rápido pero si ruidosamente. Su color verde, algunos accesorios de madera y el traqueteo de las ruedas lo hacían acogedor, por otra parte, el trayecto en esta línea no era muy largo de manera que la velocidad no tenía tanta importancia.

(1) Restaurante popular comparable a una taberna.

Otha-Ku, el distrito donde se encuentra Kugahara se caracteriza porque bastantes de sus casas son antiguas, muy pocas de construcción reciente, no hay boques de apartamentos, tiene calles peatonales bordeadas por arboles y un coqueto parque. Cada casa tiene su jardín al estilo tradicional japonés con estanque, peces y algunos arbolillos. Las construcciones tienen el porte marcadamente orientas con su tejado curvado, la estructura con vigas de madera y la fachada con revestimiento de aspecto cálido.

Llegue a la residencia bastante animado, una señora llamada Ibuki salió a recibirnos, a primera vista parecía mayor con pensamiento tradicional al uso de su país que incluye el pensar de entrada que los gaijhin (1) no somos buena gente. En efecto, vi algo de espanto en su cara al comprender que yo podría ser residente de Kugahara. Su reacción no me importo demasiado pues también vi en su persona rasgos de bondad y una belleza sencilla así que pensé que sería posible empatizar con ella.

(1) gaijhin: Extranjero en japonés coloquial.

Kugahara me encanto. Kikuchi me enseñó el comedor con amplísimos ventanales a un jardín interior rectangular, me enseñó mi posible habitación, los aseos, lavandería y baño común. El comedor se usaba también como sala de estar y lo vi muy acogedor. Todo lo que los tan pragmáticos nipones consideran obsoleto y por tanto de necesaria renovación es en mi caso lo que prefiero: El suelo de madera, la vieja máquina expendedora de bebidas. A Kikuchi no le gustaba este lugar y me dijo de su preferencia por Ichigao que era mucho más nuevo sin embargo Kugahara Rió (1) me pareció desde el primer momento el lugar ideal para vivir independientemente en Tokio.

¡Que placer, una mesa de trabajo en mí cuarto con vista a un jardín soleado !.

¡Que estimulante decorar mi propia habitación con objetos y fotos motivadoras!.

Que gusto, después del trabajo sentarme en la habitación cálida durante el largo invierno y con el mapa de estas islas por delante hacer planes sobre donde ir y que visitar.

(1) Kugahara Rió: Residencia de Kugahara en japonés coloquial.

También me gustaría salir de mi habitación y cenar en el comedor con los compañeros, hablar con ellos y conocer su forma de pensar.

Todo esto pensaba yo mientras Kikuchi me acompañaba a la puerta disimuladamente para despedirse. Parece que ya le había entrado la neura por tomar el baño, la cena y acostarse.

Me despedí de Ibuki San, mi decisión estaba tomada: Pediría a los jefes la posibilidad de quedarme en Kugahara-Riô.

Caminé hasta la estación disfrutando una vez más de la calle peatonal, los jardines y los pequeños comercios y bares. Tomé el tren verde de la línea Ikegami hasta el enlace con la línea Oimachi donde cambie a uno de los rápidos trenes locales. Descendí en Oimachi y camine hasta el hotel Amista donde fui recibido con una sonrisa por el recepcionista -en realidad solo fue una mueca-. Me vestí con el Kimono que normalmente se pone a disposición del cliente para su comodidad en estos hoteles y baje al hall por hacer algo ya que la minúscula habitación se me caía encima. Un joven japonés curioso se me acercó y comenzó a preguntarme sobre los aspectos más variados de mi identidad: Edad,

nacionalidad, motivos de mi estancia aquí. Aquello parecía un interrogatorio más que el flujo espontáneo de la relación entre personas y en cuanto pude me excuse y volví a mi habitación.

Al día siguiente estaba trabajando en Kako Shenta (1) con un torno mecánico cuando recibí aviso de que los jefes querían hablar conmigo. Supuse que se trataba del tema de la residencia –la fábrica de Oimachi se componía de dos edificios, uno de ellos con planta pentagonal y seis alturas, cuatro de las cuales se dedicaban a producción mientras que en las dos últimas habían oficinas técnicas, control de calidad y administración, en el sexto piso se encontraban las oficinas de dirección controlándolo todo desde la altura y yo que trabajaba en el sótano debía armarme de valor cada vez que recibía aviso desde allí-. En efecto, me hablaron de la posible residencia para mi recomendándome un apartamento individual porque pensaban que tendría problemas de adaptación a las costumbres como el baño comunitario, el WC estilo japonés y las comidas.

(1) Kako Shenta: Centro escuela.

Les explique que prefería quedarme en la residencia de la empresa aunque fuera necesario adaptarme a sus costumbres porque sería la mejor manera para mí de conocer el entorno social a fondo. Así pues pedí quedarme en una de las residencias. A ser posible en Kugahara.

Oikawa hacía de intérprete y trato de expresarles a Sugisaki y Eichiri mis palabras. Ambos jefes parece que comprendieron bien mi petición por la expresión de sus caras pero como hacen los japoneses, se abstuvieron de expresar su opinión diciendo que ya contestarían y termino la reunión.

La respuesta de Sugisaki y Eichiri no se demoro mucho, al día siguiente Oikawa me dijo: “Moreno San, prepara tu equipaje porque hoy te acompañare a Kugahara”.

Ese día trabajé bien, ilusionado con la idea de mudarme a mi nueva residencia. Termine pronto, prepare el equipaje y ya estaba listo cuando Oikawa paso a recogerme, al salir del hotel Amista un taxi nos esperaba. Nos llevo desde Oimachi a Kugahara a través de calles estrechas en la mayor parte del recorrido y cruzando dos grandes autovías con mucho tráfico.

Al llegar a Kugahara se nos presento Kikuchi.

La señora Ibuki también salió a recibirnos, Oikawa comenzó a hablar con ella mientras Kikuchi me acompañaba a la habitación que me habían preparado. Comencé a situar mis pertenencias bastante contento, un cerezo muy grande se erguía muy cerca de mi ventana, lo que también me alegró porque en invierno sería una protección, un abrigo mientras que en el caluroso verano de Tokio mantendría el frescor en la habitación. Por otra parte, el interior de mi dormitorio también me gustó porque las paredes estaban forradas de láminas de corcho que en invierno me harían sentirme muy confortable, al igual que el suelo, formado por una tarima de madera montada sobre la base asfáltica. En cuanto al mobiliario, había una cama, un sillón, una mesa de trabajo, una librería y dos espaciosos armarios. Yo estaba muy

distraído con estas observaciones cuando me llamo Oikawa y me dijo que quería invitarnos a cenar a Kikuchi y a mí. Conociendo el carácter de los japoneses esa invitación en boca de algún jefe de la fábrica que no fuera Oikawa hubiera tenido un significado muy claro, sería una cena para fomentar la amistad entre Kikuchi y yo, para que nuestra relación de compañeros en la empresa fuera mejor sin embargo en el caso de Oikawa no tenía ningún trasfondo, el invitaba solo para pasar un buen rato con nosotros y si la conversación daba para sincerarse y descubrirse mutuamente lo más personal, pues mejor. Debido a su carácter espontáneo Oikawa se había adaptado muy bien a la vida en nuestro país durante los seis años que trabajó en la filial ibérica.

Oikawa se despidió de la señora Ibuki y nosotros también. De camino a la estación pasamos por la zona comercial, junto a un restaurante más grande había una Izakaya con la fachada en madera y faroles esféricos con la pantalla de papel, todo ello al estilo de los pueblos de tierra adentro. Entramos y nos sentamos en unos taburetes junto a la barra. Los nipones tienen un método bastante rápido y eficaz para romper el hielo en las relaciones personales –al menos en el ámbito de la empresa–, consiste en embriagarse de manera que cuando se llega a ese estado buena parte de los hielos se han derretido ya. Oikawa pidió sotchu (1) con umeboshi (2) fresco. El sotchu es un alcohol muy fuerte y en invierno se suele tomar caliente con lo cual el efecto es inmediato. Después de comer algo y tomar un par de sotchu Oikawa cambió de conversación y continuó como sigue:

- (1) Sotchu: Alcohol concentrado, destilado a base de arroz.
- (2) Umeboshi: Fruto típico japonés de sabor amargo. Se puede comer fresco o preparado después de un proceso de desecación.

Kikuchi, ¿ya le has contado a Moreno San como hacéis el amor tu novia y tú?

Oikawa se puso risueño y eufórico por el alcohol y antes de que Kikuchi pudiera responder ya estaba preguntando de nuevo:

¿Le has hablado de cuando os acostasteis la primera vez?.

Las insinuaciones de Oikawa se sucedían mientras tanto un Kikuchi bastante avergonzado se esforzaba para que no se le notara. Era demasiado tímido de carácter y ahora, aun en este ambiente distendido no podía comportarse con naturalidad, por otra parte, ante un compañero de mayor categoría en la empresa debía mostrarse machista, beber y alardear de aventuras sexuales.

Kikuchi: Ya le he contado a Moreno San.....

Oikawa: Ah! , eso ya comienza a estar bien.

Oikawa me pareció un japonés atípico. Su aspecto físico moreno, ojos oscuros y no demasiado rasgados me recordaban a un amigo gitano de mi calle cuando éramos niños. Oikawa tenía barba cerrada y pelo en el pecho lo cual también le diferenciaba del estándar japonés barbilampiño y sin vello en la piel. Quizás el motivo del unitema de conversación de este hombre –el sexo- y su afición a los prostíbulos

fuera debido también a causas fisiológicas, por otra parte era una persona sincera y básicamente de tendencia buena. Por esa razón nunca había llegado a ser jefe. Después de veinte años de trabajo continuaba con Sénior Enginner (3).

Cuando estuvo trabajando en España podía haber regresado a Japón a los tres años de residencia pero por propia iniciativa se quedo tres años mas –se encontraba más en su ambiente en mi país que en el suyo propio-. Me decía que en aquellos años tenía tiempo libre y se dedicaba a la pintura como afición. Ahora en Tokio todo se reducía a trabajo, citas y un poco de familia.

Su familia era para él principalmente su hijo mayor, un muchacho regordete de unos diez años que todavía hablaba mejor el castellano que el japonés.

La cena había terminado. Con su sinceridad habitual nuestro anfitrión nos dijo que esa noche tenía cita y poco más tarde nos dejaba.

Sin la presencia de Oikawa Kikuchi no tenía ninguna razón para continuar conmigo y se excuso diciendo que tenía trabajo en su habitación. Yo también volví a Kugahara.

(3) Sénior Enginner: Ingeniero de categoría media.

Comencé a trabajar en el ‘Centro Escuela’
–Kakko Shenta-.

En cuanto a los trabajadores de pie de maquina simpatice especialmente con dos de ellos: Kimura y Omino San, memorice sus nombres fácilmente porque la fonética de Omino la asociaba a la del castellano ovino, sin duda me ejercite en la relación de estos dos conceptos porque incluso puedo ver ahora rasgos de cordero en la cara de Omino.

El nombre de mi otro compañero –Kimura- es tan común en Japón como nuestro Martínez por lo que también lo aprendí rápido.

El jefe Karino se encargaba de poner en solfa los trabajos del Centro Escuela para mantener la dinámica de resultados y el equilibrio de su contenido. No estábamos agobiados por alcanzar unas cifras de producción como en planta pero no podíamos perder el ritmo del trabajo.

En días festivos se organizaban competiciones deportivas entre las secciones de la fábrica –baseball siempre como juego

favorito-. Estas competencias eran muy estimuladas por los altos jefes y ellos mismos participaban muy activamente aprovechando la ocasión para observar y conocer a los jóvenes valores de la empresa. El mérito deportivo se valoraba como una baza más a tener en cuenta para llegar a ser jefe.

En la vida cotidiana hubiera resultado bastante asfixiante para mí trabajar intensivamente durante la semana y además jugar al baseball con mis compañeros en los días festivos pero en mi circunstancia de extranjero me divertía y aprendía un montón de novedades.

El polideportivo estaba en una zona rural a las afueras de Tokio, el desplazamiento hasta allí e si mismo ya resultaba entretenido, el paisaje urbano contrastaba espectacularmente desde el hacinado Oimachi (1) hasta las afueras donde se alternaban campos y viviendas. El último cinturón de la ciudad consistía en nuevas zonas urbanas con un gran centro comercial y las viviendas, en muchos casos máximo dos alturas.

(1) Oimachi: Distrito donde se encontraba Tokio Plant.

La competición era fuerte, los jóvenes, sintiéndose observados por sus jefes intentaban mostrar lo mejor de sí mismos en el juego. Yo mismo me sentía tocado en mi amor propio y tenía verdaderos deseos de quedar en un buen puesto.

Tras el juego teníamos preparada una comida junto con abundantes bebidas alcohólicas, todo el mundo se entonaba rápidamente y la fiesta se animaba con los comentarios sobre las anécdotas del día entre exclamaciones y risas.

Al volver a casa me esperaba un plácido baño bien caliente que, ebrio como estaba todavía me daba más placer. A continuación me perdía por las tranquilas calles de Kugahara.

En mis días libres intentaba evadirme al máximo del trabajo en la fábrica. Era fácil, solo tenía que darme una vuelta por alguno de los barrios populares de la ciudad: Harajuku, Roppongi, Shinjuku, Akasaka, Shibuya.....

Simplemente andar y ver, sumergiéndome en la marea humana de idiosincrasia tan curiosa me satisfacía y el tiempo pasaba sin darme cuenta.

Roppongi era el lugar de encuentro en Tokio para los residentes occidentales, además teníamos casi un hogar en The

Franciscan Chapel Center, no se trataba tan solo de una iglesia cristiana, era también salón de reuniones, bar, biblioteca, hemeroteca. Allí se reunían: Inmigrantes Filipinos, americanos de E.E U.U, Asiáticos del sureste (sobre todo Singapur) y algunos japoneses curiosos.

La mayoría de mis amigos pertenecían a la comunidad filipina. Cuando aparecía este grupo velaba a los restantes por lo numeroso y por la vivaz y sonoridad de las múltiples conversaciones que sostenían simultáneamente, su lengua madre -Tagalo- suena como los idiomas indonesios pero de vez en cuando se escucha una palabra castellana con sorpresa y disfrute. Solo he visto tantos filipinos juntos en El Rabal de Barcelona.

Pase también buenos momentos con Eric –Un Bostoniano de cara simpática y aspecto regordete-, cada vez que me veía tomaba el pulso a mi estado anímico. Lo que me impresionó de su carácter fue su gran humanidad, su actitud de respeto y disponibilidad especialmente hacia los desfavorecidos.

Para pasar un rato divertido me iba con Benito, un joven filipino de fisonomía malaya y apellido andaluz. Salíamos a tomar algo a cualquier bar de Roppongi y bromeábamos con cualquier cosa.

Por la noche, de vuelta a Kugahara-Riô pasaba por la casa de comidas y compraba unas pechugas de pollo empanadas para cenar. Aunque la oferta de tiendas en el barrio era bastante grande me gustaba aquella casa, me caía simpático el dueño, un japonés de aspecto inocente y tímido que vivía con su familia en aquel mismo edificio cuya parte frontal se usaba como tienda. Junto a la esposa cocinaban la carne para llevar en el momento de pedirla. Mientras tanto yo curioseaba y conversaba con ellos.

TABERNA PORTUARIA.

El tono gris del invierno y las obligaciones del día a día habían ido quemando mis ilusiones de forma paulatina, ciertamente no encontraba un aliciente real en mi trabajo y solo eran gratificantes mis relaciones humanas que por otra parte se habían debilitado mucho con el traslado de Takaya y Nakayama a otros departamentos de la fábrica. En ese estado deprimido necesitaba hacer un esfuerzo y volver a ver brillar la luz del sol. No me atraía en absoluto hacer un viaje pero conociéndome sabía que una vez en el tren, a dos horas de Tokio las ilusiones cobrarían vida de nuevo y además deprisa.

Disponía de cuatro días, ¿dónde ir?, la respuesta era fácil ya que el único lugar de la región de Kanto (1) que me faltaba por conocer era la Península de Izu. Ese lugar goza del clima templado de una isla mediterránea en otoño y además, no ha sido industrializado ni urbanizado todavía, lo cual son poderosas razones para ir allí, además, mi amigo me había invitado varias veces a visitarle en Kawana (2), donde normalmente pasaba los fines de semana.

¡Decidido!, iría a Izu.

Después de Yokohama el tren continuó camino hacia el sur dejando a la izquierda Kamakura y avanzando por el interior para encontrar de nuevo el mar a la altura de Odawara, hasta ahí yo andaba algo dormido pero comenzaron a aparecer ante mi lugares hermosos: Kozu, Nebukawa, Manaburo, Izuinotori; pueblos en los que se repite la imagen de las casas con tejados de vivos colores apiñadas en un llano entre colinas verdes junto al mar. Gentes del lugar subían y bajaban del tren, son personas sencillas que llevan una vida rural.

(1) Kanto es la región de Japón donde está Tokio.

(2) Pueblo de pescadores situado en la costa oriental de la península, entre las ciudades de Ito y Shimoda.

Atami es el núcleo urbano importante a la entrada de la península y ahí tomamos el tren a Ito. Pronto dejamos atrás los últimos suburbios de la ciudad y comenzamos a seguir la costa en dirección al sur.

Izu se adentra en el Océano Pacífico unos 100 Km. en dirección norte-sur, la península en sí misma es una cadena montañosa en esa dirección cuyas estribaciones llegan hasta el mar formando pequeños valles y playas donde se asientan los pueblos de la costa entre elevados acantilados.

Mi plan era dormir en Ito, en el Youth Hostel, al día siguiente llegar a Shimoda en el extremo sur de Izu y por la tarde ir a Kawana.

En Ito me liberé del todo del anquilosamiento que traía desde Tokio; recorrí su bahía hasta el agotamiento, entre los espigones centenarios del puerto viejo me sentía como en casa y solo los cariños de las parejas que allí se amaban me hacían salir de la contemplación para sentir yo también necesidad de afecto, ¡pero qué lejos estaba mi amor!

Cerca del puerto viejo las casas apiñadas decoran con su colorido una colina y entre ellas hay un templete desde donde Ito aparece con todo su esplendor en su bahía cerrada por ocho cerros donde la vegetación es exuberante.

El sol se estaba poniendo cuando decidí buscar el albergue, me dijeron que se encontraba en la montaña.

El autobús salió del pueblo y comenzó a subir. Las luces de Ito quedaban cada vez más tenues en la distancia: sucesivamente fueron descendiendo los ocupantes en varias paradas en las que, ya de noche solo podía distinguir alguna casa de campo solitaria débilmente iluminada. Finalmente solo estábamos el conductor y yo; poco más tarde me avisó de que la próxima era la parada del Youth, me apeé del autobús en esa parada pero allí no había nada, ni siquiera las temblorosas bombillas que solía ver anteriormente; poco a poco la seguridad en mí mismo y la euforia que tenía después de un día tan lleno se mudaron en sentimiento de soledad y apocamiento, comencé a caminar y después de un buen trecho vi las luces de lo que parecía una granja, allí me encontré con un anciano al que le expliqué como pude que andaba perdido y necesitaba su ayuda para encontrar el Y.H. -en la noche, las estrellas relucían y nunca me encontré más cerca de ellas que en ese momento-.

El anciano pareció entenderme y me dijo que le siguiera. Fuimos juntos por la carretera y después nos desviamos por un sendero. El bosque era cerrado pero el anciano se lo conocía en la oscuridad como una madre a su hijo. En un claro vi las luces de una casa de dos pisos y el anciano me dijo que ahí estaba lo que yo buscaba. El anciano notó el agradecimiento en mi mirada y yo vi su satisfacción por sentirse útil, ¡cuanta comunicación sin apenas palabras!

Rika Tanaka y su hijo Hideyuki me recibieron, por el momento yo era el único huésped. Después de un plácido baño bajé al salón relajado y con ganas de conocer a la madre y al hijo, este, por

demasiado bondadoso era un outsider en la sociedad, había vivido solo y trabajado en la ciudad, incluso en Tokio pero todas sus experiencias le habían conducido al fracaso para reponerse del cual siempre volvía con su madre.

La señora Tanaka padecía una miopía muy fuerte y siempre le preguntaba a su hijo para imaginarse el detalle de color, posición y forma de casi todo, ambos vivían ahora de una pensión que el padre les había dejado y sacaban algún dinero de ofrecer la casa como albergue. Pronto me vi contagiado por el clima de cariño y ternura que había en la casa, acabamos los tres casi en familia, tocando la guitarra y cantando mientras nos entonábamos con un licor de hierbas que la madre guardaba para cuando su hijo se casara aunque esa noche decidió que lo tomáramos.

Me desperté en mi habitación y por la ventana veía la atormentada vegetación del lugar, colinas onduladas hasta donde alcanza la vista y el bosque tan espeso que parecía impenetrable. Una vez terminados mis preparativos para marchar comenzó a llover fuerte de manera que no pude partir hasta que aprovechando que amainaba me despedí de mis amigos, Hideyuki se empeñó en llevarme con el coche hasta la parada del bus y finalmente también nos acompañó Rika. Cuando la singular pareja me dejó en la parada y volvieron en dirección al albergue me parecieron ¡tan solos!, ¡tan desamparados!, la vida es dura y ellos intentaban encontrar uno en el otro el calor necesario de cada día.

El tren hasta Shimoda se llama Panorama, su recorrido justifica este nombre y mucho mas, a nuestra derecha, la montaña cubierta de vegetación, a nuestra izquierda, precipicios tallados a pico sobre el mar y de cuando en cuando un pueblo marinero como Kawana -donde yo iría al regresar-, otra belleza que me llamó la atención fue las aguas termales(1): Unas cuantas casas en torno a un balneario y los vapores del agua caliente al salir de la tierra que en la mañana fría hacían bien acogedores aquellos lugares.

(1) La península de Izu es una de las zonas más volcánicas y con mayor probabilidad sísmica de Japón.

Llegué a Shimoda y el cielo estaba amenazador, podía caer un chaparrón de un momento a otro pero después de venir desde Tokio yo no podía perder el tiempo en los tenderetes de la estación y decidí ir al puerto, estaba algo desorientado y no encontraba el camino y lo que es peor, comenzó a llover a cantaros y yo no podía encontrar refugio, el caso es que en el tiempo que tardé en llegar al centro acabé chopado, totalmente mojado y tan abatido que decidí terminar mi recorrido por Shimoda en ese momento, pero tampoco podía salir del centro para continuar mojándome así que me dediqué a curiosear los precios ante las miradas extrañadas de las dependientas. Finalmente cesó de llover y yo, un poco más seco me volví a la estación; en el camino cambié de opinión de nuevo, ¡justificadamente!, porque el tiempo mejoró, el viento arrastró las nubes y un sol reconfortante comenzó a calentar mi húmedo cuerpo.

El puerto, que parecía estar tan lejos resultó estar cerca y únicamente mi propia confusión me había complicado el camino.

Shimoda fue la primera ciudad que abrieron los japoneses al comercio exterior en el siglo XIX, antes que Yokohama por eso en el barrio del puerto aun se pueden encontrar tabernas con las huellas del esplendor pasado ya irrecuperable. El Lobo Marino era una de esas tabernas. Cuando yo llegué casi al mediodía estaba solitaria y solo me encontré con una mujer que me preguntó que deseaba, le pedí algo de comer y un té verde muy caliente. Ella trajo el té y continuó impassible arreglándose la cara y los ojos sentada en una esquina del comedor, entonces yo me sentí a mi aire y curioseé todos los rincones, decorados con recuerdos del pasado: Fotos que mostraban las fiestas de los marineros de paso con chicas en el bar, todo tipo de abalorios relacionados con el mar; caracoles, conchas de tortuga, pequeños timones de barquichuelo, redes extendidas sobre las paredes y un sin fin de detalles procedentes de los cinco continentes y en especial de oriente. En esa hora tranquila solo escuchaba el chapoteo de las barcas de pesca sobre el agua y la música suave que nos acompañaba.

El sol lucia en el exterior y me animé a partir, la mujer se despidió de mí y me decía que me cuidase.

Ya estaba cansándome de vagabundear en solitario y me dirigí al puerto, entre el rio y la estación. Con el buen tiempo chicos y chicas llenaban la calle con su colorido y tomaban copas en varios bares de la zona. La música y la vitalidad de los jóvenes me subieron el tono. Terminé jugando con dos niñas mientras contemplaba el rio.

¡Qué curioso!, los peces, como las personas, se reunían en torno al lugar más sucio y peleaban entre sí por las basuras que contaminaban el agua.

Al caer la tarde me fui a Kawana, sin duda me esperaba lo mejor de estos días. Hasta ahora había estado en las dos urbes de la península que, aunque no pasaban de ser pequeñas ciudades y conservaban en mucho el sello del pasado no podían compararse a ninguno de los pueblos que yo veía desde el tren en mi viaje de ida. Desde luego yo andaba siempre en busca del autentico Japón, el tradicional. En las ciudades actuales de este país todo se uniformiza en las maneras occidentales que bien conocía yo, por otra parte, ver a en Kawana era el máximo estímulo.

La arquitectura de casas y templos, las costumbres de la gente, la naturaleza particular de la península sin contaminaciones urbanísticas ni ambientales, las comidas, las callecinas del pueblo subiendo a la colina desde la playa, en esto andaba pensando cuando el tren paró junto a una casa de madera de dos pisos. La estación de Kawana. Telefoneé al Sr.Takashima y al poco tiempo vino a recogerme con su Toyota verde, el pueblo quedaba a un kilómetro de la estación en dirección al mar siguiendo senderos a pie; con el coche el recorrido fue algo más largo.

Permanecíamos sentados junto al viejo faro contemplando la bahía, en la puesta del sol unos pescadores reparaban sus redes junto a un caldero humeante mientras charlaban. Al acercarnos nos ofrecieron marisco riquísimo y al poco de darles confianza comenzaron a preguntarme que mujeres eran más guapas, las de mi país o las japonesas, -mientras tanto se reían -.

En todas partes hay guapas, -les contesté -.

También quería llevarme por las callejas de su pueblo. Las casas aparecían encaramadas sobre las faldas de dos colinas, para llegar a ellas solo era posible por medio de un entramado de escaleras y senderos que subían desde la orilla del mar.

Comenzaba a anochecer, me llevó a su casa y me presentó a su esposa. La esposa me pareció una persona de bondad demasiado ingenua en contraste con él, poco hablador, reservado, de aspecto resuelto y enérgico pero consumido por los años. Me enseñaron mi habitación, me puse cómodo y salí a hablar con ellos.

Al entrar en la casa me chocó la decoración tan atípica del comedor donde destacaban las fotos de aviación; fotos de grupo, aviones despegando o aterrizando o del piloto a pié de su avión y es que, como supuse, mi amigo había estado en la guerra del 45. Llevé la conversación hacia este tema con el Sr.Takashima cuidándome de evitar las tensiones y malos recuerdos que esto pudiera suscitarle. Me contó que fue piloto durante el conflicto. -Después más de medio siglo este hombre tenía la guerra profundamente gravada en su memoria y aun necesitaba desahogarse contando sus vivencias y tragedias-.

Para mí fue fascinante escuchar a este hombre que se vio envuelto en algo que no deseaba. Todos sus amigos murieron en la guerra, en su álbum de fotos señalaba un rostro y me decía:

Este, muerto.

Y a continuación otro, y otro, y otro.....

El señor Takashima salvó su vida porque su destino antes de la recuperación bélica de los E.E.U.U. fue Formosa.

Me contó que los americanos decidieron el curso de la guerra en la cumbre de Haway. Rooswelt, Nimitz y MacArthur llegaron a la conclusión de reconquistar Filipinas -plan MacArthur- en lugar de Formosa -plan Nimitz.

Decía: Si los americanos hubieran seguido el plan Nimitz yo también estaría muerto, pero se decidieron por Filipinas para seguir su avance hacia Iwo Shima y Okinawa, saltando Formosa de manera que nosotros quedamos aislados allí hasta el final de la guerra.

Mi amigo comenzó a emocionarse contando su historia.

Le interrumpió la esposa:
Ya le estarás aburriendo.... y además, tenemos que salir a cenar.

No me aburre de ninguna manera -le contesté-, todo lo contrario, es una suerte poder escucharle, de todas maneras estoy dispuesto cuando quieran.

El comedor junto al mar, la luz de tonalidades suaves, la intimidad del ambiente; todo me hacia recordar algunas noches parecidas aunque ahora, aquí hasta el menor detalle fuera tan diferente: Los edificios detrás de las cristaleras, el puerto. Observé detenidamente el escenario que nos rodeaba; los tejados curvados de las casas en el exterior, la decoración sencilla, acogedora, nada artificiosa.

El Sr. Takashima y yo nos habíamos visto pocas veces y sin embargo hablábamos de nuestras creencias, de nuestras ilusiones, de nuestras debilidades, de la vida y de la muerte, de nuestro carácter. ¡Que difícil es hablar de todo esto en la vida cotidiana! Fue una verdadera amistad, cuando tan lejos del hogar alguien nos ofrece algo de sí mismo no sabemos cómo agradecerlo pero se tiene un sentimiento que se puede leer en la mirada, el me dio lo que tenía y yo no podía hacer otra cosa que corresponderle.

La verdad es que había soportado demasiada soledad durante un año. ¡Si!, gozaba de muchas relaciones y amistades, en Tokio Plant (1), en San Ignacio, en la Academia Castilla. Jorge González, Joan Janda, los compañeros de Kugahara pero esa ternura del abrazo a la madre. El amor de la amada. El pelearse con el hermano a modo de juego. Nada similar había sentido en un año y sentimientos como estos son los que nos ayudan a la mayoría de la gente a no sentirnos solos.

Me encontraba a gusto acostado en la cama recordando las escenas de esa misma noche. En la penumbra podía ver los objetos con los que habían decorado la habitación; más que otros detalles me llamaron la atención las grandes fotos colgadas en la pared: Una mujer y una niña indonesias con gesto de necesidad, unas niñas de rasgos indonesios con aspecto de estar esperando a alguien. Escuchaba la respiración pausada en las otras habitaciones, el sueño me venció sin darme cuenta.

(1) Fábrica de Tokio donde yo trabajaba.

Takashima me despertó al amanecer, ya me había dicho la tarde anterior que iríamos de pesca en la barca de unos amigos suyos del pueblo, la barca de Kasiwagui.

Llegamos al espigón al alba, el cielo permanecía oscuro todavía, Kasiwagui y otros dos compañeros nos esperaban calentándose junto a una hoguera. Habían preparado la barca y el motor traqueteaba uniformemente rompiendo el silencio inmenso.

Salimos al mar y con la primera luz del día llegamos al destino. Kasiwagui debía recoger las redes que dos días antes había calado en este lugar, las redes están señalizadas con flotadores pero hay que encontrarlas en el ancho mar. Nuestro amigo, ayudado por un joven aprendiz lanzaba una plomada con forma cónica que pesadamente descendía hasta el fondo asentándose allí, a continuación sacaban la plomada y examinaban las partículas adheridas a la base determinando así el tipo de fondo.

Kasiwagui conocía estos fondos como las calles de Kawana. A unos cinco kilómetros de la costa la profundidad del mar podía ser de unos cuarenta metros en nuestra posición.

La habilidad del patrón nos llevó pronto al caladero donde pronto comenzamos a sacar las primeras redes.

Teníamos un día luminoso y las aguas se veían muy transparentes. El mar impresiona y nos recuerda la insignificancia de nuestro propio ser; las redes descendían en dirección al fondo marino hasta llegar a parecer tan solo un hilo de plata en medio de la oscuridad de las aguas profundas.

Kasiwagui nos decía bromeando: Tomar un baño, el agua debe de estar estupenda.

A pesar de que no podíamos temer ningún peligro no me gustaba la idea de estar nadando y tener por debajo cuarenta metros de agua, me imponía demasiado respeto así que preferí el balanceo de la barca.

La pesca no fue buena, nuestro amigo se quejaba de la desaparición de algunas especies que de joven pescaba en estas aguas litorales.

¡Esos barcos-factoría lo van a esquilmar todo! -nos decía-, nosotros los pescadores de cabotaje sabemos respetar el mar, ellos arrasan y no se dan cuenta de que hasta el mismo océano tiene sus límites y quizás algún día sea demasiado tarde para reparar el daño causado.

Terminados todos los trabajos pusieron rumbo a la costa; el pueblo, todavía un punto en la distancia fue ampliándose muy de a poco hasta presentarse como el lugar acogedor donde me sentía como en casa.

Una vez amarrada la barca en el puerto Kasiwagui limpió unos pescados planos de color claro, los troceó en pedacitos muy pequeños y los comimos con limón, había probado el sashimi(1) anteriormente pero ninguno me supo como este, delicioso, ¡que pocos alimentos tan sencillamente preparados me habían dado tanto placer!.

Como todo, también llegó la hora de la despedida, no sin cierta melancolía por dejar a personas queridas. Me acercaron a la estación, quedamos en vernos en Tokio.

(1) Plato a base de pescado crudo, se come normalmente aderezado con una salsa.

Hiroshima

Kobayashi, mañana deberías despertarme, yo solo no podre levantarme tan temprano.

¡Moreno San, eso está mal, cada uno ha de ser capaz de despertarse sin ayuda de nadie!

La señora Ibuki que disfrutaba con acciones maternas: No te preocupes Moreno San, mañana a esa hora yo estaré levantada, pasare por tu habitación y llamare a tu puerta.

Realmente yo no necesitaba que me despertaran, solo quería bromear con Kobayashi, mi amigo le daba demasiada importancia a las pequeñas obligaciones. Por otra parte hay que reconocer que estando lejos de casa es una gozada escuchar por la mañana en lugar del despertador la voz cálida de una persona a la que tenemos afecto diciendo: ‘Moreno San, levántate por favor, ya son las seis, si no te levantas perderás el tren ‘. Esto es lo que hubiera sido difícil de explicar a Kobayashi. El había llegado al extremo de no comunicarse con su familia –que continuaba viviendo en Hiroshima- porque no sabía que hablar con ellos.

Por la mañana salimos mi compañero de viaje y yo hacia Tokio

Estación para tomar el Sinkanshen que nos llevaría a Hiroshima.

La fábrica había cerrado por la semana de vacaciones de año nuevo, yo quería ir al sur de Honshu y aproveche esta oportunidad. Ya me había acostumbrado a las lluvias y los cielos cubiertos de Tokio

pero, entre otras cosas, esperaba encontrar en el sur el cielo azul y la alegría del sol.

En el tren, ceca de Shizuoka se dio el aviso de probabilidad de terremoto, el tren bajo de régimen hasta una velocidad media y así recorrimos la zona probable, nadie le dio importancia ya que es lo normal en Japón. Valoro mucho el sentido colectivo de respeto en los japoneses, el maquinista se excuso unas diez veces durante el camino a Hiroshima por el retraso que llevábamos causado por el riesgo sísmico.

Al pasar Kioto sentí de nuevo la frescura de lugares anteriores y acudieron a mi memoria imágenes de los alrededores del templo de Kiyomizu, donde hay una zona urbana que conserva el ambiente de tiempos pasados con cedros, casas de poca altura y comercios que afortunadamente no se han modernizado.

A partir de Kobe el paisaje no es tan verde como en el norte. Las montañas y colinas adquieren tonalidades ocre y verde claro.

El tren termina su recorrido en la isla de Kyushu a donde llega a través de un túnel submarino desde la isla principal.

Habíamos llegado a la estación de Hiroshima, en sus alrededores encontramos la parada de la línea de autobús a Naka-Fukagawa donde estaba nuestro albergue. El bus recorrió calles con mucho colorido y transito de gente, cruzo un puente sobre el rio y se acercó a las pequeñas colinas que bordean la ciudad. Dejamos el autobús en Ushita-Sinmachi y continuamos a pie subiendo por calles anchas y empinadas bordeadas por casas de dos o tres alturas. Después comenzaba la zona verde de la colina y un templo repleto de estatuillas de Buda y faroles de piedra lleno de encanto y exotismo pero que por la noche imponía respeto. A continuación, mas cuestas empinadas entre

cedros y después el albergue desde el cual se podía contemplar la Bahía de Hiroshima y buena parte de la ciudad.

Lo primero que hice después de despedirme de Kobayashi fue tomar una bolsa grande de patatas fritas y unas cervezas mientras me relajaba en el comedor, en el tren me habían negado a comer los precocinados con aspecto de plástico y necesitaba calmar un poco la tripa.

El comedor también se usaba como sala de estar, era muy acogedor con grandes ventanales abiertos a los jardines y con muchos posters en las paredes con motivos de Hiroshima, Japón y otros países del lejano este asiático. Todo esto daba un aire juvenil.

El comedor estaba vacío, al poco tiempo entro un hombre de aspecto nervioso, nórdico, nos presentamos y en poco tiempo me conto su historia. Durante años no había podido encajar en la rígida sociedad de su país y ya era mucho el tiempo que llevaba viajando en busca de algo que no acertaba a definir. El alma sensible de este hombre había recibido duros golpes desde su infancia. Me dijo que ahora se sentía bien siguiendo el budismo Zen junto con un ‘maestro’ que vivía cerca del albergue.

Me sentía cansado por el viaje, cumplimos con el ritual del Ofuro (1) y me fui a dormir.

(1) Ofuro: Baño comunitario japonés.

Al día siguiente vino a buscarme Kobayashi, anduvimos dando vueltas por la ciudad, sobre todo cerca de ‘Atomic dome’ - la antigua cámara de promoción industrial que no fue destruida por la bomba- . Contemplando aquel escenario recordé el relato del Dr. Saeda. El sobrevivió a la bomba atómica y dedico el resto de su vida a la atención de los enfermos causados por la radiación.

Por la tarde Kobayashi y yo fuimos al puerto, poco a poco las nubes que oscurecían el cielo fueron arrastradas por el viento dejando paso a un sol vivificante. La zona industrial del puerto es grande pero podemos encontrar lo tradicional en la zona norte donde está el puerto pesquero en una recoleta bahía natural. Cerrando la bahía por el lado derecho hay un montículo cubierto por espesa vegetación. Todo verde se meta en el mar exageradamente.

Para subir a la cima de la colina hay que recorrer una empinada senda húmeda y vaporosa bajo los frondosos árboles. Finalmente salimos a un claro en la arboleda donde aparece nuevamente el mar en el horizonte salpicado por innumerables islotes de la Bahía de Hiroshima, le dije a mi amigo que no quería ver más lugares, me

conformaba con tenderme sobre uno de los bancos de madera sintiendo el sol en mi cuerpo y la brisa del mar, escuchando en el vacío las bocinas de los pesqueros, Sentía el pulso suave y grato de la vida.

De nuevo en el puerto fuimos a la estación terminal del tranvía con el fin de ir a Mitaki. En la periferia de la ciudad, en un lugar entre montecillos esta el templo Budista de Mitaki o de las tres cataratas. De la cima que se alza tras las colinas baja un torrente que ha formado el pequeño valle. En este valle en cuesta esta el conjunto de templetes que forman Mitaki O Tera. Se escucha el rumor del agua continuamente corriendo por los arroyos y cayendo en cascadas. El lugar está lleno de pequeñas estatuas que representan a los antepasados de muchos japoneses que allí les dan culto. El escenario de Mitaki es tranquilo, su belleza natural y la construida por el hombre no tiene comparación en ningún otro templo budista. Le pedí a Kobayashi que me dejara solo para poder sentir mejor aquel ambiente místico. ¡Que difícil es conseguir esos estados del alma!. Lo monótono y las rutinas nos envuelven cada día y es difícil escapar, pero no es necesario ir tan lejos, Mitaki puede estar a nuestro lado sin descubrirlo.

Al anochecer me despedí de ese valle. Desde la entrada hasta las primeras casas camine entre huertas rodeadas de vallas y setos miniatura que mostraban un cuidado minucioso. Tome el cercanías y una hora más tarde estaba en Ushita-Sin machi. Subiendo por las cuestas que me llevaban al albergue coincidí con Mike, un occidental que me dijo ser de Canadá, estaba

viajando por Asia intentando adquirir experiencia antes de iniciar su carrera profesional. Me propuso que nos viéramos durante la cena.

Mi habitación tenía seis literas de madera que le daban apariencia cálida, al final del pasillo entre las literas había un balcón con una puerta acristalada grande, desde el balcón se veía un jardín geométricamente regular, sencillo como el budismo Zen. Estaba preparándome para bajar a cenar cuando los dos jóvenes de las otras literas se acercaron y así conocí a Paul y Andrew. La madre de Paul era japonesa y su padre de E.E. U.U, él vivía normalmente en ese país pero ahora estaba de vacaciones con su madre en Fukui. Andrew era ese tipo de persona que parece estar siempre de buen humor y que comunica también ese bienestar mientras que Paul se mostro bastante tímido.

Después de tomar la cena standard del albergue estábamos sentados en una larga mesa con espacio para unas doce personas. Andrew se mostro desde el primer momento comunicativo y con gracia.

Javier, ¿te has dado cuenta de aquel grupo de australianas?

Me he dado cuenta pero dudaba si eran de E.E. U.U o de Australia, desde luego inglesas no. ¿Cómo has sabido de donde eran?

Muy sencillo, las ‘fuertes’ del grupo lo son más aun que las americanas mientras que las femeninas y delicadas tienen algo que las hace parecer del viejo continente, fíjate por ejemplo en aquella, Michelle -me ha parecido que le llaman las demás- fíjate en su peinado, en la manera de expresarse añadiendo detalles tan femeninos a su gesticulación, ese estilo es difícil de ver en mi país.

Era muy fácil la comunicación con Andrew, no guardaba nada para sí mismo, su alma era visible en la cara, la tensión que

sentimos en la relación con determinadas personas eran inimaginables en la relación con él.

Mike -el canadiense- se sentó con nosotros mientras protestaba por la comida de este albergue: No se comprende como en un Y.H donde la mayoría somos occidentales se esfuercen en ofrecer comida tan típicamente japonesa que resulta incluso difícil de comer y de digerir y no lo digo porque no me guste este tipo de cocina en la que hay platos de origen chino (1), americano (2) o hispano (3) que me encantan. Lo digo porque en este albergue sirven en particular los platos típicos de Hiroshima a los que no puedo acostumbrarme. Algunos días he de comer a base de yogurt para que mi estomago se recupere. Afortunadamente esta noche han puesto el menú standard occidental y podre comerlo.

- (1) Lamen y varios tipos de sopa. Yakishowa (sopa con carne y vegetales).
- (2) Sukiyaky (carne y tubérculos fritos con shoyu).
- (3) Tempura (pescado y marisco rebozado).

Mike, estos son mis compañeros de habitación Paul y Andrew.

Hola Mike –dijo Paul-. Asimismo Andrew se introdujo en la conversación que manteníamos el canadiense y yo.

Me parece, Mike que Japón no puede continuar por mucho tiempo en un puesto destacado, hablando en términos económicos.

Pienso lo mismo – contesto Mike- . Son muy trabajadores pero, en general no tienen mentalidad abierta y creativa, por eso, los jóvenes que tienen esas cualidades son supervalorados en las grandes empresas. La otra noche estuve en una cena-fiesta de empresa y todo, ¡todo! Estaba programado, hasta el último detalle anotado en una lista.

A las ocho el presidente diría unas palabras, a las ocho y diez los representantes del sindicato aplaudirían, dada esta señal todas las personas de la corporación más próximas a los jefes también aplaudirían. El resto del listado como sigue.

8:15 Comenzara a servirse la cena.

8:45 El anterior presidente de la compañía propondrá un brindis y a continuación el nuevo presidente le abrazara y las mismas personas nombradas anteriormente aplaudirán.

8:50 Una niña entregara sendos ramos de flores a las esposas de los presidentes saliente y entrante.

8:51 La esposa del nuevo presidente, emocionada llorara o al menos gesticulara como si llorara.

9:00 Comenzara un show con entretenimiento variado.

9:10 Máxima atracción del show, espectáculo de revista con bailarinas occidentales y top les.

9:20 Finalizado el espectáculo, el directivo mayor de la mejor fábrica de la corporación brindara nuevamente y a continuación se repetirá la secuencia de aplausos. Seguidamente los máximos jefes servirán personalmente bebidas a los empleados.

9:30 La fiesta terminara. Coches oficiales de la empresa esperaran en la puerta a los jefes más importantes.

Mike, yo también he asistido a fiestas parecidas, intentan preverlo todo y si hay que improvisar se les hace muy difícil.

Javier –continuó Mike- para la economía en el futuro en la región apuesto más por los orientales más meridionales. Además de ser tan trabajadores y organizados como los japoneses tienen mente más abierta. Esa frescura y espontaneidad ante las nuevas situaciones que le falta al japonés.

Si Mike –le conteste- yo también pienso que Japón bajara en su economía, hay indicios. Antes de decaer en económica y política se suele ver decaer en valores de la vida. La vida del salary - man japonés transcurre entre la oficina y las casas de citas. A las relaciones más auténticas y la familia se dedican un tiempo mínimo.

Desde luego, esta gente no tiene solución –dijo Mike-

No –le conteste- . En cualquier caso, conocer cómo viven es una buena experiencia.

Ahora estábamos sentados junto a las australianas, Andrew había acertado en su descripción del grupo. Algunas de ellas eran muy fuertes como si su trabajo fuera duro. Otras del grupo eran muy femeninas.

Me llamo Javier.

Yo soy Michelle.

Después de las primeras frases la conversación derivó hacia el tema de la vida cotidiana en Queensland –ciudad de Michelle.

¿Cómo es Queensland?

Es una ciudad de la costa sur-este. Estudio en la facultad de filología. Realmente Queensland no tiene mucho interés, no tiene una vida cultural demasiado animada, como máximo las reuniones que se forman en algunos lugares para charlar y tomar algo. El máximo acontecimiento de tiempo libre es cuando actúa algún grupo musical, entonces salimos de lo cotidiano. Tenemos también el océano pero nuestras playas son poco acogedoras, son larguísimas y muchas veces el viento es demasiado fuerte para estar a gusto.

Según las descripciones de Michelle, la vida en Queensland no debía ser muy diferente de la vida en mi ciudad natal. La conversación me llevó a relacionarme con los otros del grupo. Intervinieron unas chicas que identifiqué como japonesas en un principio y que al parecer viajaban juntas, estaba equivocado con una de ellas que dijo ser de Taiwán.

Según el principio de que un japonés/sa casi nunca viaja solo, las dos japonesas viajaban juntas mientras que la taiwanesa –le llamaban Xia- había venido sola. Aquella noche habían coincidido las tres durante la cena en el albergue. El resto éramos occidentales.

Las dos japonesas se comportaban casi como unas niñas –tópico que por otra parte es bastante frecuente entre ellas-. Sin embargo Xia, aunque debía ser de una edad parecida era mucho más adulta.

Xia: Tokio, ¡que ciudad más asfixiante!, no me gusta la vida en Tokio, prefiero Taipéi donde he vivido con mis padres hasta los

diez y ocho años. Estudio diseño industrial, estoy en el último año. ¿Y tú? , ¿Qué haces en Japón?, ¿qué te ha traído a Hiroshima?

Estoy en prácticas por la empresa donde trabajo. Normalmente estoy en Oimachi. Esta semana tenemos las vacaciones de año nuevo y he venido a Hiroshima con un compañero del trabajo.

Xia era muy simpática, demasiado simpática. Esa máscara la había construido muy bien para desenvolverse en la difícil sociedad japonesa.

Xia San, ¿en qué empleas el tiempo libre? Le pregunte algo para salir del silencio que ahora mediaba entre nosotros.

Siempre que puedo viajo, de esta manera he recorrido casi todos Japón. Durante la semana solo me dedico a las tareas de la Universidad, los sábados voy de compras y los domingos veo televisión, asisto a algún espectáculo o voy a la librería. Antes tenía amigas japonesas y nos arreglábamos, nos pintábamos y jutas íbamos a fiestas pero ya no me atrae ese ambiente incluso, las encuentro demasiado vanidosas y no me siento aceptada por ellas por ser china. Por otra parte ellas tienen como mayor aspiración la de casarse con un chico de buena familia y dedicarse a la casa.

Paul y yo hemos planeado ir a Miyajima mañana –dijo Andrew-.

¿Qué tal Miyajima? , cuéntame algo del lugar –le dije-

Es una pequeña isla situada al sur de la ciudad, a unos cuarenta kilómetros, se puede ir en tren desde Central Hiroshima hasta la estación más próxima a la isla en la línea de Ibakuni , después hay un trasbordador hasta la isla.

Es una buena excursión, iré con vosotros – les dije-
¿Tú vienes Xia?

Mmmmm., no tengo plan para mañana, bien, iré con vosotros aunque después continuare hasta Ibakuni pues se que hay un puente de piedra que es obligado visitar.

Me dormí aquella noche lleno de ilusión, como de niño y me acostaba con la alegría de saber que al día siguiente debía madrugar para ir a la montaña con mi padre y mi hermano menor. La capacidad de ilusionarnos disminuye a medida que crecemos.

¡Que sensación tan vivificante en el tren por la mañana temprano!, ¿cómo sería ese lugar adonde nos dirigíamos?, tratándose de alguna parte del Japón tradicional merecía la pena. Varios mochileros compartían el vagón con nosotros y con su juventud plena transmitían alegría. El tren avanzaba bordeando la Bahía de Hiroshima y las tonalidades azules y verdes iban sustituyendo a los ocre de los edificios de la ciudad. Pronto llegamos a la estación donde debíamos embarcar. Xia, eficiente se adelanto y compro los billetes de los cuatro.

Al llegar con el transbordador a la isla por la mañana el sol todavía estaba oculto tras las montañas más elevadas que permanecían veladas por la neblina.

Toda la isla estaba cubierta por un manto de espesa vegetación.

Aquí y allá, en las colinas en torno al pueblo podía ver pagodas pintadas en rojo que rompían la uniformidad verde.

La arquitectura tradicional en enclaves aislados como Miyayhima es genuinamente oriental y todavía contiene el encanto del pasado. Es difícil encontrar la influencia de occidente a no ser por los turistas. Dejarse llevar, andar por las callejuelas sin rumbo fijo es la

mejor actitud para experimentar las sensaciones posibles en este singular escenario.

Xia: Hay un templo construido sobre pilotes en el mar, en una bahía de escasa profundidad y también es interesante el museo histórico.

Paul: Podíamos dar una vuelta por los dos lugares antes de que vengan más visitantes.

Por mi parte me parece bien –conteste-.

Entonces vamos –replico Andrew-

En el museo hay una colección de tazas empleadas en la ceremonia del té desde el siglo XVIII hasta las que se usan actualmente cuyo diseño casi no ha variado –dijo Paul-.

Yo prefiero la cerámica de Taiwán- replico Xia riendo-.

Las tazas para la ceremonia del té están hechas a mano a partir de arcillas especiales. El proceso de cocción del barro se realiza durante varios días para una cantidad mínima de tazas y los barnices utilizados para su decoración son extraídos de piedras milenarias de la cuenca de ríos de montaña.

Para, para Paul, nos has convencido, se nota que tienes pasión por la cerámica de aquí –le conteste-.

A pesar de tan laborioso proceso no hay más que observar la cerámica blanca de mi país decorada con esmaltes de colores y comparar con una de estas tazas para darse cuenta de la diferencia. A pesar de todo ese trabajo el artesano japonés no consigue un producto bello sin embargo, las formas y los contrastes de la cerámica blanca de mi país si ofrecen una sensación de belleza –continuó Xia-.

Finalmente Andrew y yo nos pusimos de parte de Xia y de la cerámica China, especialmente, después de ver la colección de tazas expuestas en el museo.

Nos decía el guía en la visita al museo que el arte y la belleza de la taza no está en ella misma sino en la imagen que cada persona se forma. Por lo tanto la taza no tiene una belleza objetiva sino unas formas y colores abstractos que cada cual, según su interpretación puede descubrir como artísticos y es que según ese razonamiento podríamos considerar arte cualquier objeto que subjetivamente definamos como bello.

¡A mí no me gustan esas tazas y además, el pretender convertir el acto de tomar el té en una ceremonia me parece algo cómico!. En mi país tomamos café y no se nos ocurre pensar que eso pueda ser una ceremonia, simplemente es un acto cotidiano -

Me habéis tenido toda la mañana visitando templos y museos. Ahora me toca a mi elegir así que vais a acompañarme a comer un plato de arroz con esas almejas tan grandes que se comen a buen precio en Hiroshima. Concretando iremos a la izakaya que esta junto al embarcadero -interrumpió Andrew-.

Bien, bien Andrew vamos a ir –le conteste-

Xia: Yo no puedo acompañaros, todavía he de ir a Ibakuni, ya comeré algo de camino.

Ya nos vemos, cuídate.

Paul, Andrew y yo degustábamos sendos platos de arroz hervido con almejas, aderezado con una salsa a base de marisco al limón.

El Nana Maru (1) estaba muy concurrido por ser la hora en que muchos jóvenes tomaban su refresco después de haber pasado la mañana en el mar sobre la tabla de surf en el día de fiesta.

Aunque sus trajes de neopreno y equipo fuera muy parecido al de los wind-surfer tokiotas sus caras les señalaban claramente como personas que no pasan cincuenta horas a la semana en una oficina, más bien parecían tener un trabajo al aire libre. Sus caras se veían tersas y curtidas.

Fue un placer participar en ese ambiente festivo que podía resultar común al de tantos chiringuitos de las costas de mi país. Pero tan diferente, el exotismo en la decoración de la Izakaya, en los rostros de los/las jóvenes, en el puerto.

Paul también se marchó porque debía estar en la ciudad por la tarde para visitar a unos familiares. Andrew y yo pasamos buena parte de la tarde entre los senderos de las colinas recorriendo los templos rojizos que vimos al amanecer en la distancia desde el transbordador.

(1) Nana Maru: Siete Mares.

Andábamos por un sendero poco transitado, débilmente iluminado por un sol de atardecer. En las afueras del pueblo, en un terreno elevado había un templo budista que se distinguía de los de mas por lo apartado y hermoso del lugar. Una música tranquila, la arquitectura recogida del templo y lo esplendido del sitio nos invitaron a detenernos y sentarnos en la escalerilla de madera que accedía al edificio.

Permanecimos contemplando el jardín durante un tiempo bastante largo mientras la música sonaba. Un hombre de pelo blanco y cara relajada se acercó a nosotros -vestía kimono de monje budista-.

¿Quieren pasar a mi casa?, me llamo Yoshio Fujiwara, les invito a tomar Kocha (1).

Perdone nuestra intromisión señor Fujiwara, nos ha gustado tanto este lugar que sin darnos cuenta, quizás le hemos molestado. En cuanto al kocha aceptamos con gusto su invitación - le conteste-.

No se preocupen, es un gusto para mi recibir a extranjeros.

(1) Kocha: Te negro.

Fujiwara nos acompañó a una habitación decorada con sencillez, nos sentamos sobre el tatami y nos sirvió el té y un dulce ceremoniosamente.

Nuestro anfitrión, muy receptivo y observador, más que contar de si mismo deseaba escucharnos así que Andrew comenzó a hablar sobre su reciente vida en N.York, sobre sus experiencias actuales en Osaka como becario en la facultad de sociología, también conto sus planes para prolongar su estancia el año próximo en otro país asiático tal como Singapur.

Yo hable algo sobre mi país comparando los estereotipos de la personalidad hispánica y japonesa, por ejemplo –les dije- cuando en mi país se encuentran varias fuerzas, lo normal es que se den de bofetadas mientras que en Japón es frecuente la colaboración y sinergia.

También les conté de la envidia como característica nuestra mientras que en Japón se suele dar el reconocimiento a los mejores.

Fujiwara continuaba escuchándonos atentamente pero Andrew y yo comenzamos a preocuparnos porque podíamos perder el último ferri a la ciudad así que íbamos perdiendo entusiasmo en la conversación cuando se presentó una joven de cara redondeada y aspecto dulce y delicado.

Ella es Yoshiko – dijo Fujiwara -, me ayuda en la casa mientras estoy aquí en Mijayhima.

Yoshiko nos saludo llena de sumisión, incluso como si tuviera vergüenza por nuestra presencia.

Fujiwara continuó diciendo: Andrew San, Moreno San, quiero que sean mis invitados esta noche.

Otra vez decidimos aceptar la invitación. Si no tomáramos ese Ferri o incluso si esa noche no regresáramos al albergue nadie se preocuparía excesivamente por nosotros. Por otra parte, pasar una noche en esta pequeña isla de la Bahía de Hiroshima, sondear el contenido de un hombre como Fujiwara así como la presencia de Yoshiko eran suficientes alicientes para quedarnos.

Sr. Fujiwara, con mucho gusto nos quedamos con ustedes esta noche –le respondimos-.

En ese caso permítanme que les acompañe a caminar por el pueblo.

El escenario mágico de la bahía desde Mijayhima por la noche, el grato aroma del salitre en la playa, los faroles de piedra con su luz radiada a través del papel blanco del lucero, la marea baja dejando como desnuda la gran puerta del templo sintoísta construido a orilla del

mar, las pequeñas calles del pueblo, silenciosas y sugerentes en la noche, las tímidas luces de la taberna promiscuamente decorada con abalorios y recuerdos de barcos grandes y pequeños. Yo estaba abstraído por todos estos encantos cuando Fujiwara comenzó a hablar:

Mijayhima está a treinta minutos en barco del punto más próximo en Hiroshima. Por ello no hay centros comerciales ni grandes y nuevos edificios de cristal metacrilato, acero y hormigón, todo esto, por la dificultad de comunicación. A pesar de que a nosotros los japoneses se nos ha definido últimamente como pragmáticos y poco sensibles hemos sabido apreciar y conservar las estas bellezas. La atmosfera de este pueblo cuando los turistas han regresado a Hiroshima es la más genuina del viejo Japón con sus casas de tejado curvado, fachadas con soportes y estructura de madera, calles estrechas, faroles de piedra, templos Budistas, santuarios sintoístas, pagodas de varios pisos, jardines miniatura, gentes sencillas que no aspiran a convertirse en business-man, gente del mar.

Por suerte podemos saber sobre nuestros antepasados
– continuó Fujiwara - . Muchos de los artículos que se pueden contemplar en el museo pertenecieron a aquellos hombres.

En casa de Fujiwara.

Habia cena a base de Nabe y Shawu-shawu. Este plato se sirve con una salsa cuyo aspecto es el del licor de bellota pero más acuoso y su sabor – dulce y ácido – es delicioso junto con la carne y el pescado cocidos.

Aquella muchacha era servicial hasta un extremo tal que Andrew y yo nos sentíamos abrumados. Nuestro pensamiento reconocía que ese comportamiento estaba fuera de toda medida, incluso su entonación en la forma de hablar parecía que fuera aprendida para resultar delicada y femenina. En Tokio es más difícil encontrar Este comportamiento en la mujer japonesa ya que siguen a menudo las modas occidentales pero aquí, en un pueblo de la provincia de Hiroshima estábamos ante un ejemplo machista de mujer educada para agradar y servir a su pareja y es que en Mijayhima todavía se consideraba como condición necesaria para la mujer antes de casarse, conocer bien el Ikebana (1).

(1) Arte de decorar las flores.

Podía imaginarme la escena, ella , sentada sobre el tatami decorando un jarrón con flores frescas mientras el marido y la familia del marido la contemplan complacidos pensando: ‘¡Que escena tan delicada y tan bonita esta de Yoshiko y las flores !, ¡vamos a tomar una foto !.

El carácter de los japoneses es a menudo ingenuo pero ahí estaba el Sr. Fujiwara para demostrarnos que no todos ellos lo son. El nos había invitado, era pues lógico que tuviese cierto interés por nosotros, que nos diera conversación, sin embargo permanecía callado, con un rostro opaco que seguramente escondía una vida llena de experiencias.

El salón-comedor había sido decorada muy funcional y austeramente: El tatami, unos cojines para sentarse sobre el suelo, una mesa de poca altura pero grande y bien servida, las puertas de madera formando un entramado cerrado con papel translucido. Estas puertas estaban abierta y a través de otras también de madera pero con cerramiento de cristal veíamos un jardín con su estanque, peces de colores, pinos enanos de ramas muy tupidas y recortadas en forma redondeada, plantas con flores de varias tonalidades y varios árboles miniatura. Además el salón tenía dos armarios empotrados,, un mueble con porcelanas, una estantería con libros y no podía faltar un kakeyiku en el que se representaba una escena con garzas un lago y un templo.

Nos sentamos a la mesa, Fujiwara nos sirvió y nosotros asimismo le servimos, juntos degustamos el sake y el shawu-shawu, tomamos cerveza y después sake caliente en diminutos vasos hasta que la cara de Fujiwara fue adquiriendo tonalidades rosáceas y su expresión perdió algo de seriedad aunque continuaba siendo opaca.

Intenté empatizar con nuestro anfitrión, sabía lo difícil que resultaría ya que él se cerraría completamente en cuanto la conversación fuera sobre temas de su vida.

Andrew se excuso diciendo que estaba cansado, tenía sueño acumulado desde que salió de Osaka.

Yoshiko: Andrew San ¿quiere tomar el baño antes de dormir?

Andrew: Si, es un placer para mí el baño japonés.

Andrew se despidió de nosotros y guiado por Yoshiko salió en dirección a una habitación pequeña donde estaba el ‘ofuro’.

Me quede con Fujiwara cerca del fuego que iluminaba tenuemente la habitación. La débil luz de la luna sumergía el jardín en

un claro-oscuro lácteo y así estuvimos callados durante un tiempo que no podría precisar.

Fujiwara: Moreno San, ¿Qué cosa más importante ha aprendido hasta ahora en mi país?.

Estuve dudando un momento y le conteste que lo que más había aprendido era a conocer a las personas, es decir, relaciones humanas.

El continuo en silencio, no llegue a saber nada de aquel hombre, recuerdo que en la taberna de los abalorios marineros durante el paseo nocturno dijo algo como que en la vida civil era representante de Japón ante la I.S.O en cierto grupo de trabajo de ingeniería.

Al día siguiente me desperté en el mismo lugar pero confortablemente acostado sobre un Futon. Yoshiko pasaba del salón al jardín. El sol, el jardín y la actividad de la joven me impulsaron a levantarme.

Ohayo Gozaimasu.

Ohayo Gozaimasu, Moreno San. El señor Fujiwara ha salido pronto al trabajo en la empresa, me ha pedido por favor que le disculpen por no poder despedirse. Su amigo todavía no se ha levantado. Pueden desayunar lo que gusten, mientras tanto voy a continuar con mi trabajo.

Me quede un rato en el jardín y me decía a mi mismo: De modo que Fujiwara, además de monje en este templo es ejecutivo en una de las poderosas empresas de Hiroshima, seguramente su ideario es que solo desde dentro del sistema se puede actuar pero es necesaria perseverar en una filosofía para mantener frescos los valores humanos y ponerlos en práctica. En estos pensamientos estaba cuando escuche a Andrew:

¿Qué tal Javier ?.

El desayuno fue muy bueno y variado, con alimentos que normalmente solo se comen en ese lugar. Me gusto especialmente una especia de cuajada con sabor a leche y huevo que nunca había probado antes. Mientras comíamos Yoshiko continuaba atareada, en realidad esta era una manera de disimular que nuestra presencia la ponía algo nerviosa.

Yoshiko San, le dijimos, queremos despedirnos de ti. Hemos estado de verdad encantados durante la tarde y noche pasadas. Intentamos expresarle nuestro agradecimiento usando todas las ceremonias que hasta el momento habíamos aprendido. Después regresamos a Hiroshima.

De camino hacia el puerto íbamos callados, escuchando el sonido de las barcas de pesca con el traqueteo de sus motores y sus bocinas lejanas, me sentía estimulado por el colorido de las casas, jardines y flores bajo un sol esplendido multiplicado por el azul de la bahía. No queríamos hablar, solo andar, escuchar y ver quizás por última vez estos lugares.

Llegamos al ferri y en una media hora nos llevo al punto de partida en la costa, en los alrededores de Hiroshima donde tomamos el cercanías.

Llegamos a la estación central de Hiroshima. Ya desde que salimos de Miyayhima comenzaba a sentir que me gustaría vagabundear en solitario por las calles y plazas de la ciudad y no hice más que eso durante el resto del día.

Por la noche, en casa de Kobayashi.

Kobayashi y su hermano me recogieron en Ushita-Sinmachi con un Toyota blanco, pequeño pero confortable. Recorrimos varias calles en dirección a las afueras de la ciudad, después seguimos el curso del río por una autovía bastante amplia, al salir de la autovía nos adentramos de nuevo por carreteras y calles cada vez más estrechas cambiando tantas veces de dirección que me encontraba perdido. La casa de mi amigo me pareció algo aislada después de tantas vueltas, desde luego no había un montón de casas apiñadas en torno a la suya como es normal en Japón.

La casa estaba rodeada por un jardín y un seto, la construcción era de una sola altura. La puerta y el ventanal de la fachada principal parecían ser muy frágiles, con celosías imitando papel translucido. Al llegar me recibieron entre tímidas alegrías y curiosidad ante el amigo extranjero que el hijo menor había traído desde Tokio. El padre de Kobayashi a sus sesenta años mantenía un aire juvenil de apariencia nerviosa y extravagante. Cuando la Bomba Atómica explotó sobre Hiroshima él se encontraba trabajando en una fábrica de torpedos situada a cinco kilómetros del hipocentro. Quizás sus rarezas son consecuencia de aquel desastre, quizás esto influyó en la educación

de su hijo – mi amigo- pues es demasiado vergonzoso, incommunicativo y temeroso para su edad.

Nos sentamos a la mesa la madre, el padre, el hermano, mi amigo y yo. Pronto me di cuenta de que el hermano de Kobayashi necesitaba demostrarse a si mismo su importancia. Su problema era que se consideraba mejor que el hermano menor al cual tenía por frágil y débil sin embargo mi amigo había conseguido un trabajo mucho mejor en una gran empresa en comparación con su hermano y eso era lo que más le dolía a este, así pues, el hermano mayor comenzó a relatarme en un inglés raro la actualidad económica de los últimos periódicos que había leído.

Yo le contestaba asintiendo. Si, si, si

A continuación comencé a conversar con la madre, la persona más sana y sencilla de espíritu de la familia. Su cara era delicada y conservaba una gran belleza. ¡Es una lástima que mi amigo la tenga abandonada hasta el extremo de no telefonearle por no saber de qué hablar con ella !.

Ella me hablo de su afición por la música y el baile de mi país.

Habían preparado especialmente Sukiyaky ya que por medio del hijo sabían de mi gusto por ese plato.

En cuanto al señor Kobayashi no puede entender nada de lo que intento decirme y sus hijos tampoco me ayudaron en su comprensión.

El hermano mayor se despidió pronto y con la misma frialdad de antes.

Aquel encuentro no daba para más, después de agradecimientos y despedidas me puse en camino hacia el albergue acompañado por mi amigo.

Kobayashi San, ¿estas seguro de que este es el camino hacia el albergue?

Moreno San, no te preocupes, se feliz, encontrar el camino al albergue es muy fácil.

Mi compañero sonreía con cara de borrachín y es que, hasta incluso aquella noche en su casa había bebido demasiado. En Kugahara le había visto varias veces con esa cara enrojecida y los ojos brillantes, en esas ocasiones el se había encerrado en su habitación rápidamente.

Amigo, has conseguido llevarme a Ushita-Sinmachi, la verdad, lo dudaba un poco, pero bueno, estoy muy agradecido por llevarme a tu casa, tus padres son estupendos, tu hermano también pero sobre todo me quedo con tu madre. Si quieres pasar te invito a tomar té.

No, muchas gracias Moreno San, he de volver.

Vale, nos vemos pasado mañana.

Era tarde, las luces estaban apagadas en el Youth-Hostel, el resplandor de la ciudad llegaba a través del ventanal y yo estaba así cómodo en la litera. Se oía muy próxima la respiración de Andrew y Paul.

Comencé mi último día en la ciudad. Tome el bus sin un plan determinado. En la estación central me encontré con Hata, un japonés que conocí en el albergue, cuando le vi depositaba su maleta en la consigna de la estación y nos saludamos.

¡Oh!, tu eres Javier ¿no?, uno de los gaijhin que se hospedaron la otra noche en el albergue, ¿Cómo vas a pasar el día?...

No me plantee demasiado si deseaba la compañía de Hata, el caso es que al poco tiempo caminábamos hacia los templos de la montaña. –Según me explico se trata de un conjunto de templos que son muy visitados durante el día de Año Nuevo–.

Era pronto, el cielo se mantenía gris y las nubes lo cubrían todo, en contraste, en el primer templo que visitamos encontramos un ambiente acogedor. Una hoguera calentaba el patio exterior y los que allí estábamos nos recogimos en torno a ella. A medida que avanzábamos por el sendero subiendo a la montaña los templos eran más pequeños y únicamente nos encontrábamos con el sacerdote. La ceremonia que practican los visitantes en estos templos sintoístas no tiene nada que ver con la religión tal como la conocemos en los modelos occidentales.

Hata San al ver mi cara de sorpresa ante el culto sintoísta: Moreno San aquí es normal. Incluso actualmente tenemos el Dios de los negocios. Este Dios es nuevo como consecuencia de que los negocios son importantes en mi país.

Continuábamos recorriendo el sendero oscuro bajo el bosque tupido, de cuando en cuando encontrábamos un pórtico de madera pintado de rojo que nos indicaba el buen camino para llegar a otro claro en el bosque donde nos esperaba el confort tibio de la hoguera en otro templete y la acogida del solitario sacerdote ansioso de compañía.

El camino de piedra nos llevo hasta lo alto de la colina donde han construido una pagoda que imita las formas Budistas pero sin atractivo. La recompensa por subir hasta arriba no está allí sino en el camino.

Hata, comienza a llover, ¿Qué tal si bajamos?

Si, además, podíamos comer algo y después pasar por el Museo de Arte Contemporáneo, hay varias colecciones interesantes.

La del arte del Kakeyiku y otra de los pintores-fotógrafo, que se han dedicado a viajar y dibujar los escenarios que han visitado como si fuera fotografía, te llamara la atención el Lago Seikjo en Koshu

–China- que ha sido pintado numerosas veces por artistas japoneses.

Aquella fue una buena tarde en el museo mientras fuera llovía sin parar, ya tarde mejoro el tiempo y las calles adyacentes se llenaron de tenderetes, algunos de los cuales con jóvenes que arengaban a gritos por el pacifismo.

Hata se había entretenido consultando los horarios de trenes a Fukuoka mientras yo compraba posters contra las armas nucleares. Acompañe a Hata hasta su tren y allí nos despedimos.

Comencé bien el año. Kobayashi y su hermano volvían a Tokio en el primer tren (6: 30 am) . Ante esto tenía dos posibilidades: El conformismo dejándome llevar por ellos o seguir mi estilo levantándome sin prisas, comunicándome con mis amigos, durmiendo sin la tensión del madrugón innecesario del día siguiente y regresar por la mañana pero más tarde. Naturalmente regrese a Tokio solo.

A mediodía estaba en Kugahara a tiempo de calentarme un menú a base de vegetales y carne deshidratados. La señora Ibuki converso un rato conmigo sobre las incidencias del viaje.

Tren a Kamakura

La vuelta al trabajo no fue demasiado difícil porque tenía un buen proyecto, por otra parte los jefes se encargaban de mantener en caliente el ambiente organizando frecuentes fiestas después de la jornada. En esas celebraciones uno no podía retraerse y bebía también, estimulado por el ejemplo de las personas de mayor rango en la jerarquía como el Sr. Ootomo que, con el grado suficiente de obnubilación daba unos saltos en los cuales casi alcanzaba el techo con la cabeza mientras vociferaba toda clase de tonterías relacionadas con el trabajo, ya fueran ocurrencias del momento o temas más elaborados. De esa manera el segundo jueves de enero me puse como nunca me he puesto, no podía mantener el equilibrio, el trayecto en metro desde Oimachi a Kugahara fue eterno, me parecía ir en una barca en lugar del tren.

Tuve que pararme a respirar aire puro en el jardín próximo a Kugahara. El cielo despejado y la luna me ayudaron mucho a continuar el camino.

Al llegar a la residencia encontré a todos mis compañeros como yo, aproveche para tomar por el hombro amistosamente a mi jefe, un joven intratable con pensamiento algo bipolar con el que tenía difíciles relaciones.

Una vez en mi habitación caí en la cama vestido, incluso con abrigo y bufanda y así me desperté por la mañana.

Pronto necesite otra vez algo más que el trabajo, las fiestas después del trabajo y los encuentros dominicales con los amigos de

S. Ignacio y la Academia Castilla. Así que planeo ir a Kamakura, mi lugar preferido en la prefectura de Tokio.

La bahía donde esta Hase, en su extremo más alejado de Tokio tiene una carretera poco importante. La mayor parte del tráfico circula por la carretera de la costa.

Andando por aquella carretera de llega a un pequeño templo fundado hace ochocientos años por un monje budista que empleo su vida en trabajos caritativos. En el recinto del templo hay cedros de un siglo, algún cerezo, los edificios religiosos de estilo budistas, de madera, algunos con tejado cubierto de paja, faroles de piedra, una casa de té y todo ello en un jardín tradicional zen. Yo veía todo esto detrás de las puertas acristaladas de la casa de té, en el ambiente acogedor de una estufa de leña mientras en el exterior caía la nieve.

Por la mañana en Kamakura hacia mucho frio que junto con la humedad ambiente del mar produjo una hermosa nevada.

En esa región me siento como en casa. Tengo una sensación de libertad, de gusto por la vida. Mi sensibilidad está en su mejor momento y puede captar aquello que en la sociedad consumista no se valora. El encanto de un huertecillo en la cima de una colina adornada con casas de madera y tejados de colores, la invitación a lo espiritual que nos ofrece un viejo templo budista aislado en un rincón donde la naturaleza es esplendida.

Intenté borrar de mi cuerpo y del alma todas las tensiones de la semana limitándome a seguir los impulsos que en cada momento me vinieran.

Kita-Kamakura es un pueblo donde es fácil soñar. Para intentarlo hay que alejarse de la calle principal de la estación y recorrer las empinadas y estrechas callejuelas en las colinas con casas con sabor del pasado y jardines-miniatura.

Continuando mi vagabundeo me acerque a Enoshima.

El viejo de la isla, de ochenta años, que ha nacido y vivido siempre en la misma casa entre las colinas, en un lugar aun con sabor del pasado, me ha invitado a lo mejor que tenia. Su mayor placer y pasatiempo era probar distintos cafés y pensar para sí mismo: Este es bueno, aquel un poco flojo, ese otro el mejor, a mi me ha invitado a su mejor café colombiano.

El ambiente de su tienda, con las cristaleras abiertas a la Bahía de Shonan y con la península de Kamakura a la vista, el cielo despejado pero con frio en el exterior, la estufa de aceite, los carteles de hace sesenta o setenta años decorando las paredes, el mismo, toso fue acogedor hasta el punto de que se hizo de noche sin darme cuenta. Me quede con el anciano hasta última hora, al bajar desde la colina todo estaba oscuro, solitario pero magino y precioso.

Hasta el momento de la despedida él seguía dándome conversación y agradeciendo mi compañía.

Las calles estrechas del pueblo, el aroma exótico de algunas flores, las casas construidas bordeando la colina, la soledad, la noche, todo me sugería en aquel escenario misterioso. Durante el camino, la contemplación del Monte Fuji y de la isla de Enoshima entre las brumas de la noche me hizo sentirme del lugar.

Después de los meses pasados en producción con todas las preocupaciones que eso conlleva me pasaron a mantenimiento. Allí la gente vivía de manera muy diferente, desde el primer día lo note.

A primera hora de la mañana comenzábamos por hacer los ejercicios de la tabla de gimnasia muy disciplinada y ordenadamente en el patio central de la factoría, lugar bien visible para jefes y curiosos. A continuación y con el mismo rigor de distribuyeron los trabajos a cada agrupación – en una de las cuales estaba yo - , después de los cual los diferentes grupos marcharon a sus lugares de trabajo para dedicarse a vegetar o a intentar pasar el tiempo de la manera más entretenida posible. ¿Cómo?, ¿en Japón obreros escaqueándose? ¡si!, se da, al igual que en cualquier parte del mundo como consecuencia del tipo de trabajo. En la

práctica, gran parte del personal de la sección únicamente se movilizaba ante las emergencias y cuando estas no ocurrían se dedicaban a distraerse.

Al poco tiempo de comenzar en mi nuevo trabajo mi jefe me comunicó que asistiría al curso práctico relacionado con mis máquinas. Me refiero al curso de Takayama que había despertado mis ilusiones desde antes de ir a Hiroshima. No faltaban muchos días para estar en Hida Sammiaku y los pasaría muy entretenido. En el mantenimiento (Setsubi – Kanri) gozaba de una sensación de libertad, si no total, sí muy grande. Distribuía el tiempo a mi gusto entre la oficina y el taller. Era primavera y me sentía estimulado por la belleza de la naturaleza. El compañerismo en Setsubi – Kanri se contagiaba. Rápidamente me introdujeron en las fiestas del Sakura. Como en otras fiestas había sake y cerveza en cantidades pantagruélicas y la mayoría terminábamos mal. Me gustó más el Sakura que otras fiestas por ser al aire libre, al anochecer, en un entorno de gran belleza como es Sensozu Ike, al ser una fiesta tan popular y tanta gente reunida en las orillas del lago surgía la comunicación espontáneamente con los otros grupos.

Eufórico por el sake todo me parecía de gran belleza. Los cerezos, la luna reflejada en las tranquilas aguas de Sensozu, los temples edificados aquí y allá, las luces de colores de los chiringuitos donde se vendían toda clase de alimentos raros.

Por fin llego el tiempo de partir a mi tan esperado viaje. Me explicaron los detalles necesarios junto a Oikawa pues él me acompañaría a Takayama. El día convenido me encontré con él en la estación central de Tokio. Como otras veces sonreía y se comportaba con el mismo buen humor se siempre. El Sinkanshen llega hasta Gifu recorriendo la macro ciudad que se prolonga desde Tokio hasta Nagoya. En Gifu es necesario tomar otro tren que no puede correr tanto pero tiene mayores encantos. Mientras el tren sube lentamente por los desfiladeros de Hida Sammiaku deseaba apearme en cada una de las muchas paradas. En cada pueblo o pequeña ciudad siempre suben o bajan varios viajeros con el saludable aspecto montañés, todos ellos cargados de múltiples bultos.

Una parte de la estación de Takayama es como habia visto en fotos antiguas con sus pórticos de madera tan conservados y un edificio coquetón.

Nos esperaban representantes del fabricante de las maquinas –objeto del curso que, ¡cómo no!, nos invitaron a una exquisita comida a base de las delicias de la región. Después de un día tan lleno aun faltaba lo mejor, eso fue al llegar a la residencia que nos habían reservado. Yo esperaba un aburrido business – hotel y en su lugar encontré riokan autentico.

Si nos damos una vuelta por la ciudad vieja de Takayama es fácil darse cuenta de la penuria en que vivieron estas gentes antiguamente. No podemos encontrar grandes construcciones que indiquen esplendores pasados, ya sabemos que muchos monumentos japoneses fueron contruidos con madera y que múltiples incendios han arrasado pero, a pesar de eso debía quedar algo: Casas solariegas, templos, ¡pues no ¡ ese no ese no es el caso de Takayama. Las calles

del centro histórico están bordeadas por casitas de aspecto humilde y sencillo que por otra parte me cautivaron por estar llenas de símbolos de esa cultura tan antigua, tan diferente.

Encontré mi riokan en la ciudad antigua. El edificio databa de principios del siglo pasado y fue reconstruido siguiendo el estilo inicial. No había nada en él, en su interior, en la fachada, que nos recordase las formas occidentales.

Revestimientos de madera en el interior, suelo de tatami, solo dos plantas. Además del vestíbulo había en la planta baja un jardín miniatura de los que ya había visto en tantas ocasiones y un salón de té mirando al jardín. La planta superior albergaba las escasas habitaciones y dos salones de uso diverso - comedor, reuniones - . Los dormitorios mantenían la atmósfera sencilla y austera del budismo Zen. Armarios empotrados, puertas correderas con celosía imitando papel translucido, los muebles indispensables tales como una mesa de la altura apropiada para su uso estando sentado en el suelo y cojines. En este Riokan me sentía instalado en el pasado, en otra cultura, en otra época.

Los días de trabajo en Waida fueron muy densos, llenos de contenido y armonía, en el equipo nadie se paraba. Me contaron la ‘historia’ de Waida Corporation: Cuando el Sr. Waida era joven marchó desde Takayama a Tokio en busca de empleo. Años más tarde tenía su propio taller mecánico en un bajo de un barrio periférico. El negocio fue creciendo hasta que él consideró que podía trasladarlo a su inaka - tierra natal -. Donde con el tiempo devino la sólida empresa donde yo me encontraba ahora.

El caso es que yo había visto varias veces a un anciano de aspecto respetable entrando a la oficina de ingeniería incluso el día que nevó tanto. Este hombre resultó ser el señor Waida. En la primera

oportunidad que tuve pedí a mis compañeros de trabajo que transmitieran mi inquietud por conocer a Waida San. Lo que no podía imaginarme es de qué manera sería el encuentro. No tardo en producirse, antes de lo que yo esperaba.

Fue al día siguiente de mi petición. Trabajábamos con las máquinas cuando tod@s las personas de la planta quedaron como si guardaran un minuto de silencio y entro el anciano con traje de faena pulcrísimo y guantes blancos, acompañado por algunos directivos de Waida. Ante cierto gesto la actividad de tod@s continuo como antes y el venerable se acerco lentamente adonde nosotros estábamos mientras preguntaba en el camino algunos detalles que llamaron su atención. Cuando llego a nosotros se fijo en mí, pronuncio algunas frases en su idioma que parecían de bienvenida y continuó su marcha hasta desaparecer tras una de las puertas laterales de la nave. Aquello fue como una procesión pero la imagen era una persona. Waida San era en efecto un protector de la ciudad. Daba empleo y una alternativa de vida a más de la mitad de la población activa de Takayama.

Muchas tarde, al terminar el trabajo caminaba en solitario por aquellas calles llenas de belleza. Todo estaba nevado y aun en la noche el resplandor hacia difícil perder el camino. Bien abrigado, me gustaba ir por las calles que siguen el curso del rio hasta llegar a las afueras de la ciudad. Me paraba aquí y allá ante la belleza de cada puente, de cada templo y se me hacia presente mi insignificancia ante el devenir de la vida.

Desde el coche, en la noche bajo la nevada se me ofrecía un aspecto diferente de Takayama. ¡Qué bien se estaría en el interior de alguna de aquellas casas de chimenea humeante en contraste con el

intenso frío y la soledad de la calle !. ¡Qué bueno sería estar con las personas queridas en animada charla junto al fuego !.

Finalizamos el recorrido y llegamos a una concurrida Izakaya. Aquel lugar no tenía nada de artificial. Era el equivalente a nuestras ventas o mesones. Edificada muy cerca de la ciudad vieja, formo parte de una de las casas solariegas de Takayama. Allí se habían reunido viajeros y comerciantes de paso con ganaderos y artesanos del pueblo. Sus viejos muros y pilares de madera conocen historias de amores y amistades, pobreza y odios que ocurrieron en esta aislada comarca.

Al entrar me sentí muy bien, todos estaban alegres allí, unos reían, otros cantaban suaves melodías. Todos habían olvidado sus preocupaciones mientras el sake corría en abundancia.

Los que habíamos trabajado con las maquinas nos reunimos allí celebrando que todo fue bien. Allí estaba Oikawa junto con dos colegas de Waida. Simpatice mucho con los dos desde el principio, se trataba de gente fiable y esforzada pero solo puede hablar con ellos del trabajo. No habia en sus cabezas lugar para otra cosa que la fabrica.

Comenzó un espectáculo en el que dos jóvenes nos mostraron los bailes de Hida-Sammiaku.

Ya hacía tiempo que nuestra velada habia llegado al clímax. Ahora nos encontrábamos más bien de capa caída, comenzaron las despedidas. En la calle caía una preciosa nevada, las casas de la ciudad vieja y el rio se mostraban con un aura de misteriosa belleza de manera que decidí volver caminando al Riokan ante la perplejidad de los de Waida y Oikawa, este, con algo más de sensibilidad me comprendió y el caso es que al poco tiempo estaba callejeando con Oikawa por el casco

antiguo. El Riokan apareció delante de nosotros a la vez que las primeras luces del alba.

Takayama habia terminado y con ello la última etapa de mi estancia en Japón. De vuelta a Tokio solo me quedaba organizar el regreso a casa, despedirme de todas mis amistades y prepararme para la breve estancia en India.

Varias noches a la semana cenaba con amigos de la fábrica, de la Academia Castilla, de Sofía University- S. Ignacio, de Kugahara. Las últimas semanas solía ser el invitado de algún directivo de los que habían trabajado en mi país como ‘el viejo manager’, Ichimura San. Fui a pasar el día con él. Acudió con su hija.

Al principio no fue espontaneo, quizás porque su personalidad de alto directivo le impulsaba a estar distante. Finalmente, después de un día sosegado acabo durmiéndose tranquilamente en el tren.

Durante la comida, con el pan, mojaba la salda de aceite como nosotros. Hablo de Tübingen, de sus años de joven y de su tiempo allí y los ojos se le encendían. Ese fue el único tiempo del día en el cual el viejo manager fue espontaneo y feliz. Lo comprendí muy bien. Me vi a mi mismo joven, vital, con la cabeza hirviendo y también me vía mayor como él, recordando.

La hija del manager era muy tímida. Ha vivido demasiado dependiente de sus padres, no se le ve feliz.

El viejo manager está preocupado por su hija. ¡Hija!, sal a divertirme, ve a Tokio, vuelve tarde a casa, no te preocupes.

La hija volvió con su padre a casa, muy pronto.

Hoy me siento vilmente explotado, tengo demasiado trabajo ahora y cuando vuelva a casa también lo tendré. No puedo hacer otra cosa que vivir al día.

Los días que me quedan no quiero caer en crisis. Acabare a una hora normal por la tarde. Hoy, de camino a la embajada de India me sentía con el alma enferma. El metro, la gente corriendo, los compromisos por cumplir, todo ello me parecía insoportable.

En los próximos días habré terminado todos los preparativos y solo me dedicare a vivir tranquilamente, sin tensiones. Recuperar la seguridad y el equilibrio y si tengo invitación de fiesta en la empresa aceptare pero nada de salvajadas como antes.

Anoche no podía gozar de Sensozu-Ike, el parque con el gran lago cerca de Kugahara. Estaba en el lugar, miraba el lago, el puentecillo de madera curvado y pintado de rojo, las casetas y los faroles de piedra iluminados, la fiesta del Sakura en la otra orilla, oía a la multitud gritar. Podía ver todas estas cosas pero no las sentía, enredado con pensamientos residuales, a cuál de ellos más estúpido: Tengo que decirle la hora del vuelo a Oikawa, tengo que volver pronto a Kugahara para descansar, tengo que lavar la ropa.

Bombay \ Juhu-Beach.

Javier Moreno -emigrante en Japón- se quedó en Bombay en su viaje de regreso a casa. La pobreza aun habita en la ciudad junto a la belleza y la alegría de la vida.

Javier murió en Bombay, lo acompañaban Rahul y Suresh en su carrito, antes de esto su mente fatigada vivió apresuradamente.

La llegada de Javier a Bombay fue como un mal sueño. Acostumbrado al ordenado y moderno Tokio ahora se encontraba en el terminal de un aeropuerto totalmente desorganizado, caótico en el que los funcionarios dormitaban. Eran las 5.30 de la madrugada y en las explanadas que rodean el terminal había una multitud incontable, la gente permanecía sentada o acostada en el suelo, hablando en pequeños grupos como si la hora punta del día fuera esa o durmiendo. Su aspecto físico y sus caras tenían los signos de la pobreza y la miseria.

La imagen de la ciudad al amanecer de aquel martes fue sobrecogedora. Mi situación psíquica también influyó en la percepción del escenario porque me sentía muy solo. Los mendigos se apiñaban en multitud a las puertas del aeropuerto; el personal de servicio, somnoliento, no prestaba la menor atención a los viajeros; la policía de inmigración me había tratado mal, los del banco también. La única manera de agilizar los trámites de entrada fue ir acompañado de una

persona vestida de uniforme -uno de los auxiliares de la tripulación del avión-.

En el servicio de taxi del terminal intentaron engañarme pidiéndome como tres veces el precio normal así que salí a la explanada abarrotada en busca de transporte, allí vi que los taxis -los únicos vehículos que había- eran todos viejísimos. Fiat antiguos y destartados sin cristales en las ventanas y sin luces la mayoría, en uno de los coches un taxista desastrado y de ropas raídas por el uso me llevó conduciendo sin luces hasta la casa de mi amigo Hasish Kumar, el conductor se guiaba por la luz de la luna, por la tenue claridad del alba y por algunas bombillas parpadeantes.

De camino se repetía la misma imagen sin cesar; personas por todas partes durmiendo en la calle.

Cerca de la casa de Hasish había un hotel, algunos taxistas y bastantes pobres dormitaban a la puerta porque en Bombay cada lugar donde hay algún dinero es punto de concentración de mendigos y todo el pobrerío aspirante a conseguir unas rupias.

Hasish me esperaba y me recibió con gran alegría pidiéndome que me quedase en su casa durante mi estancia en la ciudad pero me dijo que no podría ser mi compañero porque esa misma mañana debía partir hacia Rajhastan en el norte para contraer matrimonio.

Después de despedir a Hasish dormí profundamente durante unas horas. Cuando desperté estaba desubicado, sin saber que hacer; en mi cabeza no tenía esquemas mentales a seguir pues confiaba en Hasish para ir juntos donde a él le pareciera sin saber que se marchaba tan lejos para casarse.

Subí a la terraza de la casa para refrescar las ideas y lo primero que vi fue mucha gente deambulando por la playa de Juhu(1).

(1) Juhu: Playa situada al noroeste de Bombay, a unos quince km. del centro de la ciudad.

Personas de vestimentas cosidas con cualquier trapo acarreando todo tipo de trastos y abalorios estrambóticos. Quise hablar con ellos y entenderlos. Hice los preparativos y me dispuse a ir a la playa.

De camino, en el descampado junto a la casa un grupo de niños y adultos vestidos con harapos sacaban agua turbia de un pozo compartido con cerdos muy sucios, caballos esqueléticos y algunas gallinas. Una pareja de cerdos de pelo gris copulaba y los niños jugaban entre los puercos y las ratas en el solar fétido.

Al poco tiempo comenzaron a seguirme varios niños y algunas mujeres pidiéndome una rupia, me acerqué a la playa y continuaron siguiéndome hasta parecer una manifestación.

A pesar de mi ropa vieja resultaba demasiado extraño en aquel ambiente así que caminé rápido hasta alejarme de los mendigos. Para despistarlos entré en un hotel donde turistas y business-man americanos comían, bebían y tomaban el sol como si estuvieran en una playa tropical ausentes del entorno de miseria que les rodeaba.

Únicamente les separaba de este otro mundo una pequeña barrera, un muro de piedra, y los pobres, desde abajo del muro pedían algo de comida o unas rupias.

Me sentí atrapado como un preso; no podía caminar libremente por la calle porque inmediatamente me seguiría una muchedumbre de necesitados, por otra parte, la indiferencia de los turistas hacia los problemas de esta buena gente no la podía soportar. Decidí irme, hice mi reserva para el próximo vuelo y el saber que podría marcharme de aquel lugar unos días después me levantó el ánimo.

La vida miserable de estas personas me caló profundo, ya conocía el sistema de castas de la sociedad hindú y cómo los pobres aceptaban sin protesta su condición pero una vez más deseé acercarme a la vida cotidiana de Bombay, como pensaba al principio debía introducirme en el ambiente, vivirlo para comprenderlo.

De nuevo en la calle tomé un moto-taxi en dirección a Kala-Niketan, un mercadillo de saris y artesanías situado en un barrio vecino donde lo mejor es el contacto con la gente en el trajín diario.

Por un momento pensé centrarme al máximo para no tener errores ni accidentes, también hacer lo posible para no caer enfermo pues solo podría usar los propios recursos para salir del trance, estas buenas gentes no podrían ayudarme en nada porque nada tienen para ellos mismos, en caso de necesidad únicamente podrían ofrecerme un vaso de agua turbia y una tabla de madera junto a las ratas y la basura para dormir.

Tenia la certeza de que en caso de tener que vivir en alguno de los barrios pobres en las mismas condiciones que ellos, a no ser que recibiera ayuda de la familia o de amigos, no me sería posible salir nunca de esa vida miserable.

En el mercado me encontré con demasiadas personas mutiladas, me decían que por falta de médico una simple herida causada por un alambre se infecta hasta tener que cortar el miembro en muchos casos.

Me fui al consulado español donde me encontré con un joven de Madrid que regresaba de Goa, la antigua colonia de los portugueses en la costa Malabar. Había venido a India a por droga, el muchacho tenía el cerebro dormido, hablamos pero no podíamos entendernos, intenté transmitirle mi impresión por la pobreza de la ciudad pero él era indiferente a esta conversación sobre los marrones de la civilización, ya tenía bastante con tratar de sobrevivir ese mismo día.

Quien sí tenía ganas de hablar era una funcionaria, en poco tiempo me dijo que en Bombay la marginación es la misma que en Calcuta, Madrás, Delhi y otras grandes ciudades del país; que esto

ocurre porque los más fuertes solo trabajan para ellos mismos y se olvidan de los demás; que la población de Bombay no puede comer regularmente pero regularmente duerme a la intemperie; que resulta imposible para estas personas acceder a la educación; que los medios de comunicación solo se usan para embrutecerles creándoles necesidades de productos que ni necesitan ni pueden comprar y mucho más me dijo que yo mismo vi y sufrí.

Ya de noche, caminando hacia la casa de Hasish pensaba en tanta discriminación y en la vida de los marginados, durante los últimos meses había estado trabajando en una fábrica de Tokio a pie de máquina y conocía bien el tipo de servidumbre de un obrero japonés. Me preguntaba que sería peor, ser un ambulante en Bombay o un operador de máquina en Japón; el trabajador de este país paga con su vida -cada día doce horas de esfuerzo- las comodidades y seguridades de una sociedad organizada donde no se mutila a nadie por una herida pero paga un precio muy caro. Por el contrario en muchos casos el hindú vivirá una vida con la libertad de los animales pero demasiado corta y sufrida. ¡Difícil elección!, yo me quedo con el amigo hindú.

¿Quién no ha sentido atracción por el subcontinente indio?. Sus templos y palacios revestidos en mármol, el fervor religioso de sus gentes y sus tradiciones milenarias; sus ciudades edificadas donde la naturaleza es extrema -a veces la selva tropical, a veces un desierto-.

Al conocer a Hasish en Tokio -el estudiaba japonés como yo en Asia Bunka Kaikan(1)- no podía imaginar que lo visitaría en Bombay un año más tarde pero pronto comprendí que se trataba de mi oportunidad para una toma de contacto con su país; si a esto añadimos que la única escala del avión entre Tokio y Madrid era Bombay, el tema quedaba decidido; descendería del avión en esta ciudad y durante los días de espera al siguiente vuelo cumpliría con mi deseo de ver lugares como Kanheri(2) y Haji-Ali(3) y además tendría la alegría de encontrarme con Hasish.

A la mañana siguiente dispuse los preparativos para ir a la selva de Borivili donde están los templos de Kanheri, el Sr. Fernandes(4) me alquiló el viejo coche con el que me desplazaría a ese lugar a unas tres horas de Down Town, también me explicó el camino que debía seguir.

(1) Centro de estudios de Asia.

(2) Conjunto de templos excavados en una colina rocosa que emerge de la selva de Borivili a unos cien Km. al norte de Bombay.

(3) Templo musulmán construido sobre un islote de la costa oeste de la ciudad al que se llega a pie durante la marea baja.

(4) Apellido que proviene de la colonización portuguesa de Goa.

Se le veía hombre de buen corazón, reposado, tranquilo, amante de los placeres sencillos como tomar un té aromático hablando sin prisas.

Me decía con satisfacción: Mr. Javier, yo soy devoto de la Virgen.

El camino hasta Borivili es de lo más sugerente para un occidental. Si nos imaginamos barrios periféricos de chabolas inundados por la espesa vegetación, eso es el cinturón de Bombay, a medida que nos alejamos de ahí el trazado de la carretera empeora y los baches son verdaderos cráteres. Los campos de cultivo y las viviendas son cada vez más escasos y no han podido ganar terreno a la selva, mas tarde la carretera pasa a ser una pista de tierra que serpentea entre matorrales enanos y árboles pantagruélicos que forman una barrera infranqueable a cada lado. De cuando en vez había un claro en el bosque y me sorprendía al ver las chozas rudimentarias con empalizada de madera y techumbre de paja pobladas de niños que jugaban como animalillos a semejanza de las aldeas africanas.

Poco a poco disminuía la vegetación y comenzaron las cuestas pedregosas que conducen a Kanheri.

En los templos y esculturas de Kanheri están reflejados los buenos tiempos del pasado de un país que fue rico: Maharajás, el bienestar previo al depredador colonialismo inglés, el inicio del Budismo en una región del planeta con agua y alimentos naturales en abundancia, exuberante, tropical y atormentada por tensiones internas.

Caras de felicidad amantes de la vida están talladas para siempre en las piedras de Kanheri. Son frecuentes los motivos eróticos de grupos en posiciones y posturas de acróbata, escenas de hombres y mujeres en el ritual que para ellos es uno de los caminos místicos al Nirvana. También la presencia de animales. Como se ve en las tallas la vaca fue elegida por aquellos hombres para el sexo hasta el punto de ser referencia frecuente en la temática de los escultores.

Los retratos de las mujeres siempre las muestran con pechos generosos y belleza arrogante.

Volviendo a Juhu cruzaba un pueblo cerca del lago Vihar y me encontré con una fiesta -los indios son amantes del folclore, del colorido, de bailes y canciones, tienen una vitalidad parecida a la de los latinos; aun en el más pobre de los barrios de chabolas podremos escuchar un domingo cualquiera una música animada con la que los vecinos tratan de evadirse de la miseria cotidiana-.

Sentada a lomos de un elefante decorado con luces de colores una

muchacha presidía un vistoso cortejo en el que la multitud usaba sus mejores vestidos.

La joven, de cabello negro ensortijado y senos turgentes merecía ser descendiente de las mujeres esculpidas en Kanheri.

En procesión, todos se dirigían a un gran estanque y un templo cercanos al río. Cada uno de los asistentes llevaba un diminuto flotador con un cirio adosado a la superficie, estos flotadores, con los cirios encendidos eran depositados en el estanque. En la noche se representaba la mística de la luz y fue entonces cuando la joven se sumergió en el agua del estanque. Ella terminó su purificación en el agua y a continuación muchos del cortejo se bañaron también.

Como uno más, sin que nadie se fijara en mí a pesar de ser extranjero -sería porque soy moreno como ellos- pude seguir cada detalle de la fiesta pero preferí no bañarme por la noche en las frías aguas de Vihar que llenaban el estanque. Cuando la gente comenzó a marcharse yo también pensé que sería bueno volver a casa de Hasish.

La tarde siguiente la pasé en Iskcon, el templo Hinduista de Juhu. Aun tenía frescas en la memoria las caras de felicidad de las tallas de Kanheri, por eso noté mejor el contraste con el rostro tensionado de Brajesh

-el niño que fue mi amigo aquella tarde-. Brajesh era inteligentísimo para su edad a fuerza de ingeniar cada día la manera de poder comer. Este niño me guió a Iskcon y fue mi intérprete, me entendía mejor que algunos jóvenes que encontré allí con aspecto de haber vivido en uno de los escasos hogares confortables de Bombay toda su vida.

Aquella tarde fue hermosa, habia una fiesta llena de colorido; el hinduismo es un culto lleno de vida y la ceremonia que allí se celebraba contenía danzas y canciones entonando el Ari Krishna.

Todas las superficies del templo estaban acabadas en mármol blanco, seis minaretes destacaban sobre la nave principal que en el centro tenía un patio bordeado por columnas con dos naves estrechas y alargadas a los lados y la más amplia al fondo; en la piedra de las columnas habían tallas representando a la naturaleza, asimismo en los frontones y en los arcos de herradura de porte oriental, varios árboles en el patio que parecían brotar del mármol restaban artificiosidad al conjunto.

En contraste, el barrio donde está Iskcon es oscuro y marrón, al anochecer los únicos puntos de luz son algunas bombillas trémulas a pesar de lo cual el caldo de la vida hierve a esas horas en sus calles porque el calor comienza a ser soportable y muchos hombres están sentados en el suelo reunidos en grupos, unos hablando, otros con juegos de azar, algunos vendiendo abalorios y ofreciendo lo insólito o lo inesperado como aquel que me seguía con una cobra y una flauta. No vi tantas mujeres como hombres, ellas iban de paso, dedicadas a sus quehaceres sobretodo de la casa. Al anochecer una multitud llena las calles en los alrededores del templo donde vemos tenderetes de frutas y baratijas por todas partes. Frecuentemente pobres mutilados nos piden unas rupias, sobre todo impresiona ver a hombres jóvenes con la pierna cortada y con las carnes todavía amoratadas por lo reciente de la amputación, los ojos de estos jóvenes miran sin esperanza.

Algunos hombres me miraban con una expresión de queja en el rostro, en otros la expresión de queja era reivindicativa; el budismo les enseñó a aceptar su condición resignadamente pero ahora comprenden

que en otros países no ocurre como en el suyo donde un grupo reducido de personas -que se consideran una casta superior- controlan la mayor parte de los recursos.

A pesar del ambiente penoso de marginación y de pobreza no me encontré apenas con delincuencia por el carácter resignado de toda esta buena gente.

El templo lleno de luz contrastaba con el paisaje urbano de chabolas y viviendas pobres donde fue construido. Allí me enredé en una ceremonia religiosa que mas me parecía una fiesta animada por cantos y percusión de tambores y platos metálicos muy variados. Aspirar unos gramos de polvo blanco habría sido fácil, algunos jóvenes americanos de cara rosada encontraban así su propia mística que les hacia olvidar por unas horas su propia sociedad de la doble moral y el materialismo.

Las muchachas indues se hacían más accesibles dejándose cortejar por el que podría llegar a ser su novio o quizás compañero de una noche en la playa cercana. Yo terminé la noche danzando enajenado entre una multitud de personas que expresaban tranquilidad y serenidad en sus rostros.

Cada día al atardecer caminaba hasta la playa. La tarde del viernes me siguieron dos jóvenes que formaban una pareja doliente, los dos harapientos, sucios, con los pelos desgredados y la piel oscurecida por el sol. Uno de ellos no parecía estar enfermo, el otro estaba mutilado

de ambas piernas y mantenía su estabilidad apoyado con las manos sobre una tabla de madera provista de cuatro ruedecitas. El joven sano transportaba a su compañero arrastrando el carrito y juntos mendigaban.

Tomamos unas papayas en Balaji Pavbhaji (1) mientras conversábamos.

El optimismo y buen humor de los dos me parecía difícil de comprender y es que no conocían una vida mejor, vivían como perros en la calle y no les escuché la menor protesta. Por la noche Suresh dormía sobre su carrito de madera y Rahul sobre el suelo liado en una manta, los dos a la intemperie en la húmeda noche tropical de la estación de las lluvias; durante el día recorrían las calles con el único objetivo de conseguir algo para comer. Entre ambos había una estima como pocas se ven, la que se tiene al amigo verdadero que se echa de menos en la distancia. Este sentimiento les permitiría trajinar con el carrito otro y otro día más hasta que las fuerzas decayeran.

Javier murió ese día.

En realidad murió una parte de Javier y nació otra algo más humana.

Su paso por Bombay terminó ese viernes.

Ha recibido recientemente una carta de Hasish en la que le cuenta que allí los perros continúan hambrientos.

- (1) Punto de la playa de Juhu donde se concentran los chiringuitos.